

CONTACTOS Y DESPLAZAMIENTOS LINGÜÍSTICOS EN LOS ANDES CENTRO-SUREÑOS: EL PUQUINA, EL AIMARA Y EL QUECHUA

Rodolfo Cerrón-Palomino^a

Resumen

En la presente contribución intentaremos bosquejar una parte de la historia de las tres lenguas mayores del antiguo Perú: el puquina, el aimara y el quechua, proponiendo los emplazamientos iniciales a partir de los cuales se expandieron hasta confluír en los Andes centro-sureños durante el Período Intermedio Tardío. Proponemos que los incas, a lo largo de su dominación, pasaron por dos etapas de mudanza idiomática: primeramente del puquina al aimara y, luego, del aimara al quechua. En apoyo de las hipótesis planteadas echamos mano de las evidencias de carácter lingüístico, histórico y arqueológico disponibles.

Palabras clave: mudanza idiomática, convergencia lingüística, paralelismo estructural, superestrato, reinterpretación, mito-historia, onomástica, vocal paragógica, truncamiento vocálico

Abstract

LANGUAGE CONTACT AND LINGUISTIC SHIFT IN CENTRAL-SOUTHERN ANDES: PUQUINA, AIMARA AND QUECHUA

In this paper an attempt will be made to offer a partial history of the three major languages of ancient Perú: Puquina, Aimara and Quechua, postulating their initial settlement from which they started spreading, until their encounter in the Central-Southern Andes during the Late Intermediate Period. It is proposed that the Incas passed through two stages of language substitution: the first from Puquina to Aimara and then from Aimara to Quechua. Linguistic, historical and archaeological evidence will be advanced to support the hypothesis.

Keywords: language shift, linguistic convergence, structural parallelism, superstratum, reinterpretation, mytho-history, onomastics, paragogical vowel, vowel truncation

«[...] hago merced al dicho Gonzalo Holguín de nombrarle y proveer por tal lengua e intérprete general de las dichas lenguas quichua, puquina y aimará, que son las que generalmente se hablan por los indios de estos Reinos y Provincias del Perú [...]».

Toledo 1989 (1575-1580): vol. II, 97-100

1. Introducción

En la presente contribución ofrecemos un cuadro interpretativo de la historia y evolución de las llamadas lenguas mayores del antiguo Perú: el quechua, el aimara y el puquina, buscando trazar, en términos generales, sus emplazamientos iniciales, su propagación, sus contactos y convergencias, en tiempos y espacios

^a Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades.
Dirección postal: av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú.
Correo electrónico: rcerron@pucp.edu.pe

diferentes, dentro de los Andes centro-sureños. Como podrá constatar, la exposición ofrecida introduce una serie de revisiones respecto de la historia «externa» de las lenguas mayores postulada dentro de lo que se viene llamando el «modelo tradicional» (tal como puede verse, por ejemplo, en Torero 1972 [1970]; 2002: cap. 3).¹ Tales modificaciones tienen que ver, básicamente, en lo que respecta al quechua, con los aspectos geográficos y cronológicos relativos a su emplazamiento original y su fragmentación inicial en dos grandes ramas (quechua I y quechua II); por lo que respecta al aimara, sin embargo, seguimos manteniendo, en líneas generales, los planteamientos antes postulados en cuanto a su posible emplazamiento original y su posterior difusión en dirección sureña. Aparte de tales reformulaciones, se postula, igualmente en tiempos y espacios, el fenómeno de convergencia idiomática de las dos lenguas, responsable del paralelismo tipológico-estructural que las caracteriza. Adicionalmente, se incluye al puquina dentro del panorama lingüístico ofrecido en tanto tercera lengua andina que entra en contacto directo con el aimara e indirecto con el quechua tras el derrumbe de los Estados huari y tiahuanaco, en tiempos que precedieron largamente al Horizonte Tardío. Según se verá en su momento, los argumentos a favor de dicha inclusión son de orden fundamentalmente documental, onomástico y mito-histórico.

Concebido en tales términos, el trabajo está dividido en cuatro secciones: en la primera postulamos los emplazamientos iniciales de las tres lenguas, situándolas dentro del período arqueológico denominado Intermedio Temprano; en la segunda, nos ocupamos de los fenómenos de contacto y convergencia de las lenguas en los Andes centrales, en este caso del quechua y del aimara, durante el Horizonte Medio; en la tercera sección esbozamos los procesos de desplazamiento operados por algunos de los vástagos de tales lenguas durante el Período Intermedio Tardío; finalmente, en la cuarta sección, abordamos los procesos de despliegue y sustitución idiomáticos que se dieron en el Horizonte Tardío. Cierran el trabajo, a manera de resumen, algunas de las conclusiones más importantes que se derivan de la exposición. Como se hará evidente, nuestra exposición buscará respaldarse, en lo posible, en informaciones de tipo lingüístico, arqueológico y etnohistórico.

2. Lenguas mayores del Perú: emplazamientos iniciales

En esta sección propondremos los emplazamientos iniciales asignables a las tres lenguas andinas mayores del antiguo Perú: el quechua, el aimara y el puquina, a partir de los cuales se expandieron hasta converger en los Andes centro-sureños durante el Período Intermedio Tardío.

2.1. Foco inicial del quechua

Asumimos aquí que el pre-protoquechua (pre-PQ) habría tenido como asiento originario la sierra centro-norteña peruana, ocupando un espacio coincidente con el que abarca el Quechua Central actual, que se localiza en los departamentos de Ancash, Huánuco, Pasco, Junín y sierra norte de Lima. Descartamos un emplazamiento inicial costero de la lengua primordial, como se ha propuesto,² basándonos en evidencias de corte etnohistórico y onomástico. En efecto, por un lado, las fuentes coloniales sugieren, cuando no lo señalan explícitamente, el valle del río Chillón como una frontera étnica y lingüística que se remontaría a épocas preincaicas. Así, en el diario de viaje de su segunda visita pastoral, iniciada en julio de 1593, el arzobispo Toribio de Mogrovejo, a su paso por la costa norte, partiendo de Carabaillo, deja entrever que en todos los pueblos y doctrinas correspondientes a las actuales provincias de Huaral, Huaura y Barranca se hablaba un idioma ajeno al quechua, ya que apenas se lo nombra como «lengua» a secas (cf. Mogrovejo 2006 [1593-1605]: 6-7), lo que contrasta cuando, al internarse en las serranías de Ancash, se hace mención explícita a la «lengua general de linga» (Mogrovejo 2006 [1593-1605]: 9-12). El dato será confirmado por el historiador Cobo algunas décadas después al observar que los «naturales de Caraguayllo y sus términos eran de la una nación [de las dos que habitaban en el valle de Lima], cuya lengua corre desde allí adelante por el corregimiento de Chancay y banda del septentrion» (énfasis agregado; cf. Cobo 1956 [1653]: VII, 301). Según nuestra interpretación, la lengua a la que hace mención el jesuita historiador sería la quingnam (por otro nombre conocida como «pescadora»), la quinta entidad idiomática de la costa centro-norteña prehispanica (cf. Cerrón-Palomino 1995: cap. I, § 1.1.3). En apoyo de esta hipótesis hay que señalar que buena

parte de la onomástica —nombres de curacas y topónimos— que aparece registrada en los documentos relativos a los señoríos étnicos del Chillón y de Huaura dados a conocer por María Rostworowski (1972, 1978, respectivamente), acusa un origen extraño no solo al quechua y al aimara sino también al mochica, dejando la posibilidad de asignársele precisamente al quingnam.³ Ciertamente encontramos también en dicha documentación nombres asignables a las lenguas andinas serranas, pero ellos denuncian a todas luces un origen tardío, como lo prueban los híbridos frecuentes que portan el sufijo castellano *-(a)l* (Caral, Huaral, Guarangal, Chilcal, entre otros).⁴ De postularse un emplazamiento previo del quechua al norte del valle del Chillón, no habría como explicar su poca o nula presencia en dicha región, a menos que uno acepte su desplazamiento previo por parte del quingnam, cosa del todo improbable.⁵ Por lo demás, ya en el plano simbólico, los mitos que informan sobre las contiendas entre los dioses norteños como Con y Vichama, ambos enfrentándose a la divinidad «sureña» Pachacamac, sugieren seguramente antiguas confrontaciones entre las sociedades de los valles norteños y las de la región de Lima y sectores aledaños (cf. Rostworowski de Diez Canseco 1978: 145).

En suma, los datos disponibles parecen indicar un origen eminentemente serrano de la lengua, en el territorio delimitado previamente, según lo estarían demostrando tanto su profunda diversificación, con dialectos casi ininteligibles entre sí, como la no existencia de huellas de que se haya hablado allí otro u otros idiomas que no sean el propio quechua, según lo estaría indicando la apabullante toponimia asignable a esta lengua.⁶ En tal sentido, no resulta arbitrario asociar la lengua inicial (en su estadio de pre-PQ) con la fase primordial de la cultura Chavín, en una profundidad temporal que se remonte por lo menos al Período Formativo (1500 a.C.-200 d.C.), o quizás antes.⁷

2.2. Emplazamiento original del aimara

Por lo que respecta al punto inicial de partida de esta lengua, en su fase primordial de pre-protoaimara (pre-PA), nos reafirmamos en nuestra postulación previa, similar a la propuesta por Torero (1987: 339), ubicándola en la costa centro-sureña (Lima e Ica) y sus serranías adyacentes, y asociándola, en la parte sur, con las culturas de Paracas y Nazca (400 a.C.-500 d.C.). Al igual que en el caso del quechua, aquí también basamos dicha hipótesis en el hecho de que, por un lado, no hay evidencias, que se sepa, de que se haya hablado otro idioma en dicho espacio; y, de otro lado, la toponimia correspondiente a dicho territorio, atribuible a la lengua, es compacta e inconfundible. A ello debe agregarse, aunque con las salvedades del caso, en vista de la ausencia de dialectos aimaras intermedios, la mayor fragmentación dialectal que parecen ofrecer entre sí las variedades aimaras tupinas (el jacaru y el cauqui) en comparación con sus correspondientes sureñas o altiplánicas (cf. Cerrón-Palomino 2000: cap. III, § 3.3).

A partir de su ubicación inicial, el pre-PA habría empezado a escindirse en dos grandes ramas, configurando una central (PAC), que al igual que en el caso del quechua seguiría ocupando su emplazamiento originario (que más tarde le será cedido al quechua), y otra sureña (PAS), esta vez eminentemente serrana, proyectándose en dirección este. Dicha ruptura, aunque iniciada ya en una etapa previa, habría tenido lugar en el Período Intermedio Temprano (200 a.C.-550 d.C.). De hecho, por lo que toca a la rama sureña, la arqueología descubre, para el período comprendido entre 200 a.C. y 200 d.C., contactos estilísticos compartidos por Paracas y Huancavelica-Ayacucho (Bonavia 1991: cap. V, 222 *et seq.*; Kaulicke 1994: 572-576). Posteriormente se produce lo que se conoce con el nombre de «nazquización» de Ayacucho, caracterizada por el registro de elementos alfareros procedentes de Nazca en esta región (véase Isbell, este número, aunque, en cuanto a correlaciones lingüísticas, esté pensando en el quechua y no en el aimara como la lengua del pueblo receptor).

2.3. Emplazamiento del puquina

Tratándose de una lengua extinguida por lo menos desde la segunda mitad del siglo XIX, sin mayor registro documental propiamente lingüístico, no es posible, como en los casos del quechua y del aimara, invocar criterios de geografía dialectal que permitan postular su posible emplazamiento inicial. Sin embargo, gracias a la información documental colonial de los siglos XVI y XVII, pero también sobre la base de una

toponimia presente en una vasta área (que tiene en los elementos <coa>, <paya> ~ <baya> ~ <huaya>, <raque> ~ <laque>, <estaca> su máxima expresión), es posible trazar el área geográfica cubierta por la lengua, tal como lo hacen, entre otros, Bouysse-Cassagne (1975) y Torero (1987: 343-345). En efecto, del archipiélago idiomático puquina que se infiere de los documentos coloniales, jaloneado además por una toponimia persistente, puede sostenerse que la lengua se emplazaba inicialmente en la cuenca del lago Titicaca —el renombrado «lago de Poquina» del que nos habla Guaman Poma—, cubriendo toda la meseta del altiplano y rebasándolo, por la vertiente occidental de los Andes, desde las cabeceras del río Colca (Arequipa) hasta Arica e Iquique, y por la vertiente oriental de los Andes, desde el noreste del lago, y siguiendo por la cordillera oriental de los Andes, hasta cubrir el antiguo territorio del Charcas colonial (Sucre y Potosí).⁸ Descartamos, en tal sentido, por lo señalado en § 2.2, la presencia previa del aimara en dicho territorio, idea a la cual siguen aferrados algunos arqueólogos y lingüistas, particularmente aquellos que trabajan en el lado boliviano (cf. Browman 1994; Albarraín-Jordán 1996: cap. 10, 294-296; Pärssinen 2003: 237), ignorando los replanteamientos formulados en la materia, sobre todo en el campo lingüístico, a partir de la segunda mitad del siglo pasado.

De otro lado, el descarte mencionado conlleva también una rectificación de carácter designativo, además de reivindicativo. En efecto, el examen de la documentación colonial (cf. Julien 1983: cap. 2, Bouysse-Cassagne 1987: III, 128; Torero 1987), apoyado por la evidencia lingüística, impone un deslinde étnico y glotonímico en el sentido de que por *colla*, así como por *puquina*, deben comprenderse, por lo menos inicialmente, a pueblos de habla puquina y no de lengua aimara.⁹ Desde la perspectiva de su cultura material, de otro lado, su asociación con la civilización tiahuanacota, y quizás aún con la de los antecedentes de esta, es decir de Pucará y Chiripa (cf. Janusek 2008: 25-26), parece encontrar consenso en los últimos tiempos. Precisemos, sin embargo, que el puquina no era seguramente la única lengua de la región: de hecho, a lo largo del eje acuático Titicaca-Poopó-Coipasa, en las islas y orillas de los lagos, y a un lado y otro del Desaguadero, se hablaba, en boca de los uros, sus moradores tradicionales, una lengua ajena a la puquina, que la sobrevivirá.

Por lo demás, dada la escasa información que se tiene, no es posible saber a qué otras lenguas habría desplazado el puquina en tan variado y dilatado territorio que llegó a cubrir; tampoco podemos conocer, aunque sí suponer, el grado de fragmentación dialectal que ofrecería la lengua en tan extensa geografía. Aun cuando no es posible precisar exactamente la frontera Tiahuanaco-Huari (cf. Goldstein 2005: cap. 5, 164), podría señalarse, de manera tentativa, que, en su máxima cobertura por el norte, que es la que nos interesa destacar aquí, el puquina habría llegado hasta la frontera natural de La Raya (Sicuaní), y, por el este, hasta la región del Colca (Arequipa), entrando en contacto, por consiguiente, con el aimara, que ocupaba los territorios al norte de la frontera delineada (Fig. 1).

3. Contactos y convergencias en el Horizonte Medio

Conforme parecía entreverlo Uhle hace una centuria atrás, el quechua se habría ahormado dentro de las estructuras del aimara en algún momento de su evolución protohistórica (cf. Uhle 1969 [1910]: 47-48). Que esta hipótesis tiene un sustento real lo podemos confirmar por el hecho de que, en la medida en que todos los dialectos quechuas muestran la impronta aimara mencionada (cf. Cerrón-Palomino 2008a), el amoldamiento respectivo tuvo que haber ocurrido antes de la dispersión geográfica inicial de la lengua matriz.

Pues bien, es precisamente el afán por entender de manera más precisa el fenómeno de convergencia aludido lo que ha guiado recientemente a Adelaar (véase Adelaar 2012, y también su contribución en este número) a postular un modelo interpretativo que resumimos en los siguientes términos: a) se asume que en una primera etapa puramente hipotética, pero no por ello inverosímil, las lenguas primigenias —designadas como *pre-protoquechua* y *pre-protoaimara*, respectivamente— habrían sido distintas en términos tipológicos; b) en un segundo momento, tras un contacto intenso y prolongado entre los hablantes de ambas lenguas originarias, el pre-PQ se habría remodelado profundamente dentro de las estructuras del pre-PA, a la par que este también habría sufrido alguna influencia, si bien en menor escala, y sobre todo en el nivel léxico. De este modo se habrían constituido tanto el *protoquechua* (PQ) como el *protoaimara* (PA), a los cuales se puede llegar, como en efecto se ha hecho, en aplicación del método comparativo.

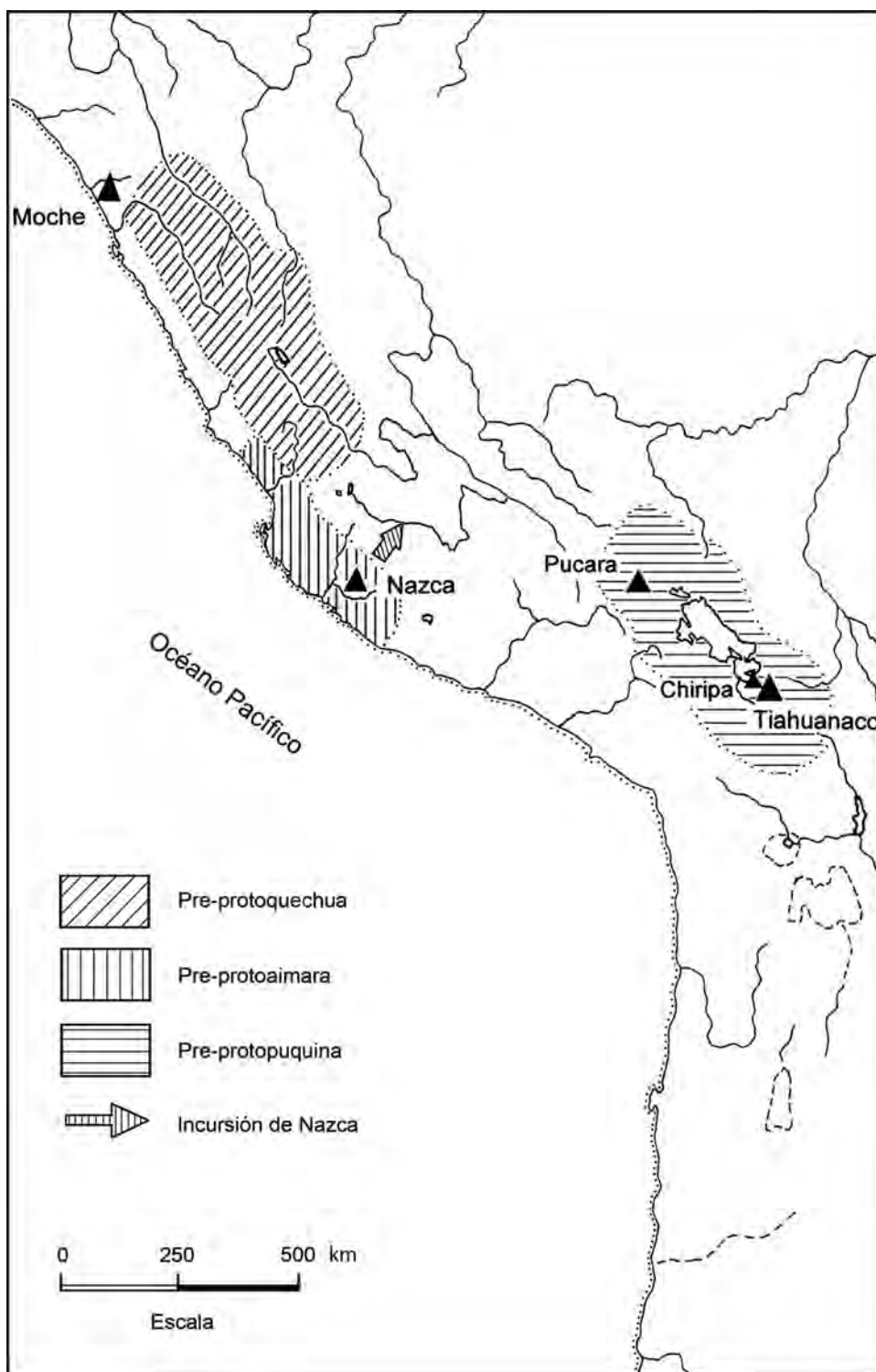


Fig. 1. Período Intermedio Temprano. Emplazamientos iniciales de las lenguas mayores del antiguo Perú (elaboración del dibujo: Nicanor Domínguez Fauna, octubre de 2011).

Ahora bien, lo interesante dentro del cuadro de acontecimientos ofrecido es constatar que el PQ, una vez remodelado, mostraría ya el mismo perfil tipológico del PA:¹⁰ la mejor evidencia que se tendría al respecto es que, tal como se adelantó, no existe, en todo el universo dialectal pasado y presente del quechua, una variedad que no lleve el sello aimara mencionado. Lo propio no puede decirse de los dialectos derivados del PA, en la medida en que muchos de ellos han desaparecido sin que tengamos registros de su existencia. Como quiera que hubiese sido, a partir de tales reconfiguraciones se habrían desarrollado posteriormente los dialectos respectivos de las protolenguas. De otro lado, en cuanto a cuestiones de tiempo y espacio, Adelaar propone la sierra centro-norteña como el escenario en el que se habría producido el fenómeno, situándolo dentro del Período Formativo (1500 a.C.-200 d.C.), más específicamente en su etapa tardía y final (800 a.C.-200 d.C.), haciéndolo coincidir por consiguiente con el desarrollo y el auge sociopolítico y cultural de Chavín. Dentro del esquema ofrecido quedan apenas insinuados, debido a la naturaleza de la propuesta, tanto la procedencia original del pueblo primordial quechuahablante que incursiona en territorio aimarahablante como los factores que habrían desencadenado dicha intrusión en dirección norte-sur.

¿Qué debemos decir respecto de la propuesta mencionada? Pues bien, luego de destacar que el modelo postulado por el autor constituye un primer paso destinado a explicar de manera comprensible los fenómenos de convergencia responsables del actual isomorfismo tipológico entre las familias quechua y aimara, intentaremos ofrecer una alternativa de interpretación relacionada con la cronología de la convergencia postulada y con el tipo de contacto responsable de la misma.

En primer lugar, en cuanto al aspecto cronológico, somos de la idea de que el fenómeno de convergencia se habría producido en tiempos mucho más tardíos, correlacionables con la expansión huari en dirección de la sierra y costa centro-norteñas, acontecimiento que habría tenido lugar, en su fase llamada Chaquipampa, entre 600-800 d.C. (véase, también, Makowski, este número). En segundo lugar, en cuanto a los pueblos y lenguas en contacto, habrían sido grupos de hablantes de la rama sureña del aimara (PAS), quienes incursionaron en territorio centro-norteño, en el que por entonces se hablaba el pre-PQ, estableciéndose un contacto intenso y prolongado, responsable del remodelamiento tipológico-estructural de la lengua de los dominados respecto del idioma de los conquistadores sureños. De esta manera, la causación que postulamos para dar cuenta de dicho ahormamiento es de carácter superestratístico, de arriba hacia abajo, antes que sustratístico, de abajo hacia arriba, como se propone en el modelo de Adelaar. Postulamos, así, que los rasgos estructurales propios del proto-AS adquiridos por el pre-PQ, responsables del remodelamiento tipológico mencionado, fueron el resultado del afán por acercar el idioma de los dominados a la lengua de prestigio, es decir la de los dominantes, del mismo modo en que los indígenas ladinos del siglo XVI «se iban tras los españoles» en materia de gramática quechua, según lo denuncian tanto González Holguín (1975 [1607]: III, 119-119v) como el Inca Garcilaso (1943 [1609]: VI, XXIX, 65). Por lo demás, que un fenómeno como el señalado no es del todo extraño, incluso sin salirnos del mundo andino, nos lo ilustra el caso del uro-chipaya, lengua originariamente de tipología ajena al área, pero que tras siglos de subordinación de sus hablantes a los del aimara, ha remodelado su estructura a tal punto de semejarse no solo a la de este idioma sino también a la del quechua (véase Cerrón-Palomino 2006: cap. XIV).

Planteadas en tal sentido la alternativa ofrecida, hay que señalar que, a diferencia de la propuesta de Adelaar, en cuyo modelo la cronología sugerida para explicar los fenómenos de convergencia es de carácter puramente inferencial, desprovista por consiguiente de toda correlación de tipo arqueológico que apoye la incursión de conquistadores quechuahablantes en dirección norte-sur, en la nuestra contamos con el respaldo de los testimonios materiales respectivos que dan cuenta de la incursión de agentes de la civilización huari en dirección contraria (ver sección siguiente).

Por lo demás, contrariamente a las tesis revisionistas de Heggarty y Beresford-Jones en favor del quechua como la lengua asignable a Huari (véanse Heggarty y Beresford-Jones 2010 y Beresford-Jones y Heggarty 2011), seguidas en todo o en parte por algunos de los autores del presente volumen (véanse las contribuciones de Adelaar e Isbell; véase también McEwan 2012), volvemos a ratificarnos aquí en cuanto a la tesis en favor de la correlación histórico-cultural entre Huari y su expresión lingüística a través del aimara, una vez desprendido este del pre-PA inicial costeño.

3.1. Proyecciones y desplazamientos

De acuerdo con el modelo postulado, los emplazamientos originarios de las pre-protolenguas habrían sido la sierra centro-norteña para el pre-PQ y la costa y sierra centro-sureñas para el pre-PAS. En cuanto al PQ, este habría comenzado a expandirse, a partir del emplazamiento original postulado, ocupando una zona estratégica de cruce que conecta en forma transversal la sierra con la costa y con la selva, hacia fines de 800 d.C.,¹¹ proyectándose hacia la costa centro-sureña, donde se configuraría más tarde como quechua II, y desmembrándose por consiguiente del resto del quechua que, a su vez, en su larga permanencia en territorio de geografía violenta y accidentada, habría intensificado su diversificación, configurándose como quechua I. Admitamos, sin embargo, que, dado el estado de nuestros conocimientos, no es posible conocer los agentes que habrían desencadenado la desmembración del QII y su proyección en dirección de la costa centro-sureña peruana.¹²

Por lo que respecta al PAS, los acontecimientos parecen ser menos difusos. Una vez erigida en lengua del Imperio huari (600-1000 d.C.), el aimara conseguirá expandirse en toda la sierra sureña, cubriendo, por el norte, hasta topar con el antiguo territorio del pre-PROTOQUECHUA (en la frontera actual Junín-Huancavelica); y, por el sur, llegando hasta la región del Cuzco. El empuje y poderío de Huari conseguirá desplazar a las lenguas habladas en la sierra centro-sureña, hasta el punto de reducirlas al mínimo, imponiéndose como una «lengua general», pero no conseguirá suplantar, en su expansión hacia el norte, al quechua, como tampoco al culli, al quingnam o al mochica, en la costa y en la sierra norteñas, lo cual encuentra su explicación en el hecho de que la dominación huari en el norte habría sido predominantemente cultural e ideológica, antes que militar y expansiva (cf. Kaulicke 2001: 347; Castillo 2001: 176-177; Topic y Topic 2001: 214; Ponte 2001: 244-245).

Con todo, en su calidad de lengua dominante, el aimara seguirá influyendo en los dialectos quechuas, especialmente en las variedades del QI y QII, dejando en ellas una segunda impronta, que se deja ver no solo en el léxico sino, de manera más interesante, en la onomástica. Por el sur, es de suponerse que la lengua no sobrepasaría los límites conseguidos por el expansionismo huari, que se habría detenido ante la presencia de la otra potencia estatal que era Tiahuanaco, sin descartar posibles contactos con el puquina, en los territorios actuales de Arequipa y de Moquegua (región del *Colesuyo*). Un dato de tipo material, y otro de orden onomástico íntimamente relacionado con el primero, vendría a ser, en el primer caso, la correlación entre la presencia de andenerías y la ocupación huari (cf. Goldstein 2005: cap. 5, 166); y, en el segundo, el registro de topónimos como <Huarochiri> ‘el que construye andenes’ (cf. Cerrón-Palomino 2008b: II-1, § 3), en la sierra central, y <Pampachiri> ‘el que allana la tierra’, en la sierra sur, que constituyen epítetos de cuño eminentemente aimara que recuerdan los atributos sobrenaturales de la divinidad huari, constructora de andenes y acueductos a lo largo de su paso civilizatorio.

Por lo demás, la documentación colonial del siglo XVI referida al espacio ocupado por el aimara durante la dominación huari en la región nos habla no solo de la existencia de idiomas «bárbaros» o «ignotos» sino también, mostrando distintos grados de dialectalización, de hablas <hahua simi> ‘lenguas fuera de la general’ (entendiéndose por esta el quechua), al lado del aimara y del quechua (cf. Monzón 1965a: 221-222; 1965b: 230; 1965c: 239; Ulloa y Mogollón 1965: 328-329). Por lo que toca a la región del Cuzco, la documentación colonial nos informa no solo acerca de la existencia de un «aimara cuzqueño» (cf. Tercer Concilio Limense 1985 [1584-1585]: «Annotaciones», fol. 79v) sino también, de manera más interesante, nos proporciona lo que podría ser una evidencia decisiva que demuestra que la lengua de los incas, por lo menos hasta el reinado de Pachacutiy, fue una variedad local del aimara (véase Cerrón-Palomino e.p.: I-1, § 3 y II-9), idioma previamente propulsado por los huaris. Como quiera que tales variedades aimaras cedieron ante el empuje del quechua proveniente de Chíncha, resulta difícil, si no imposible, conocer el grado de fragmentación dialectal al que habría llegado la lengua. La mención en la documentación colonial a cierta variedad aimara hablada en la jurisdicción de Vilcashuamán (cf. Carabajal 1965: 214), caracterizada como «corrupta», hace pensar en un grado de diversificación parecida a la que presentaba el quechua costeño respecto del cuzqueño en la época colonial, es decir una diferencia esperable dentro de un tiempo como el correspondiente al desarrollo del Imperio huari. Sin embargo, la distancia dialectal entre la variedad sobreviviente del AC (testimoniada hoy únicamente por el jacaru y el cauqui) y la del AS

actual, presenta un grado de diversidad algo más pronunciado que el que se da entre los dialectos quechuas central y sureño modernos, y cuya separación inicial se remontaría, por lo menos, al Período Intermedio Temprano (200 a.C.-550 d.C.) (Fig. 2).

4. Lenguas y pueblos en el Período Intermedio Tardío

En esta sección intentaremos bosquejar la situación lingüística que sobrevino a la caída de los dos grandes Estados que entraron en contacto en los Andes sureños y que sucumbieron aproximadamente por la misma época. Dejando de lado la discusión sobre las causas que determinaron la desintegración de tales sociedades, tema especulado de manera amplia por los arqueólogos, nos concentraremos en los desplazamientos lingüísticos que se desencadenaron luego de dichos acontecimientos. Concretamente, nos referiremos, en primer término, a la difusión del aimara en tierras altiplánicas; en segundo lugar, a la incursión del puquina en la región del Cuzco; y, por último, al desplazamiento del aimara por el quechua en vísperas de la expansión incaica.

4.1. El aimara altiplánico

Tras la decadencia súbita del Estado huari, por motivos que los arqueólogos se esmeran en dilucidar, sobrevino una larga etapa de desintegración social e involución cultural que dio lugar a la emergencia de distintas unidades sociopolíticas que se disputaban el poder, invadiendo territorios y sujetando pueblos a su paso. Dentro de dicho escenario, grupos de habla aimara habrían comenzado a irrumpir en territorios australes, desbordando las fronteras del antiguo Estado altiplánico, tal como parece desprenderse de la temprana documentación colonial. En efecto, buscando conciliar las informaciones aparentemente contradictorias proporcionadas por la documentación cronística, es posible trazar, tal como lo sugiere Torero, una doble vía de incursión de pueblos aimarófonos en el altiplano en varias oleadas: por las vertientes occidentales de los Andes, siguiendo la cuenca del Osmore (Moquegua), hasta llegar a la región de los Carangas, y por el paso natural del Vilcanota, en dirección del lago y la región septentrional de la meseta del Titicaca (*cf.* Torero 1987: «Respuesta», § 7). En dicha incursión, seguramente de carácter violento, según puede inferirse a partir de las noticias aisladas que nos proporcionan las fuentes (*cf.*, por ejemplo, Cieza de León 1985 [1551]: cap. IV), los invasores de lengua aimara fueron sujetando a los grupos locales e imponiendo en ellos su idioma, tal como lo hicieron con los puquina-collas y los uros. La documentación colonial, en particular la Copia de curatos, dada a conocer por la estudiosa francesa Thérèse Bouysson-Cassagne (1975), al informarnos sobre la distribución de pueblos y lenguas de la jurisdicción del obispado de Charcas, permite apreciar hasta qué punto el aimara, constituido en lengua de los distintos señoríos, había conseguido imponerse en el altiplano, tanto que, a simple vista, más parecía una lengua originaria de la región.

En cuanto a las variedades ancestrales de las cuales derivarían las altiplánicas, dada la ausencia total de su registro, apenas se podría aventurar que serían, por un lado, la variedad llamada «conde» o «cuzqueña», que se habría proyectado por el flanco occidental andino; y por el otro, la «aymaray», hablada en la cuenca alta del río Pampas, que se habría propagado por la región septentrional del Titicaca. Por lo demás, de la documentación colonial (*cf.* Tercer Concilio Limense 1985 [1584-1585]: «Annotaciones», fol. 78; Bertonio 1879 [1603]: «Al lector», 12) se desprende que tales variedades no se diferenciaban mucho de las hablas en torno del lago, tanto que Bertonio podía decirnos que su gramática valía por igual, salvo ligeros reajustes, para «contes», «aymarays» y el resto de las «naciones» de habla aimara establecidas en el altiplano.

Modernamente, las variedades del aimara altiplánico constituyen una sola lengua por encima de sus diferencias regionales y sociales, y, en tal sentido, no parecen haber cambiado mucho desde hace 400 años, que es cuando comenzó a ser registrada. Es precisamente esta situación uno de los argumentos fundamentales en los que nos basamos los lingüistas para descartar la tesis del emplazamiento altiplánico original de la lengua que, de otro lado, o ignora o mediatiza la presencia inicial del puquina en la región. Cronológicamente, la antigüedad de tales variedades debe remontarse, a lo sumo, a los siglos XII o XIII, es decir el correspondiente al período arqueológico del Período Intermedio Tardío.

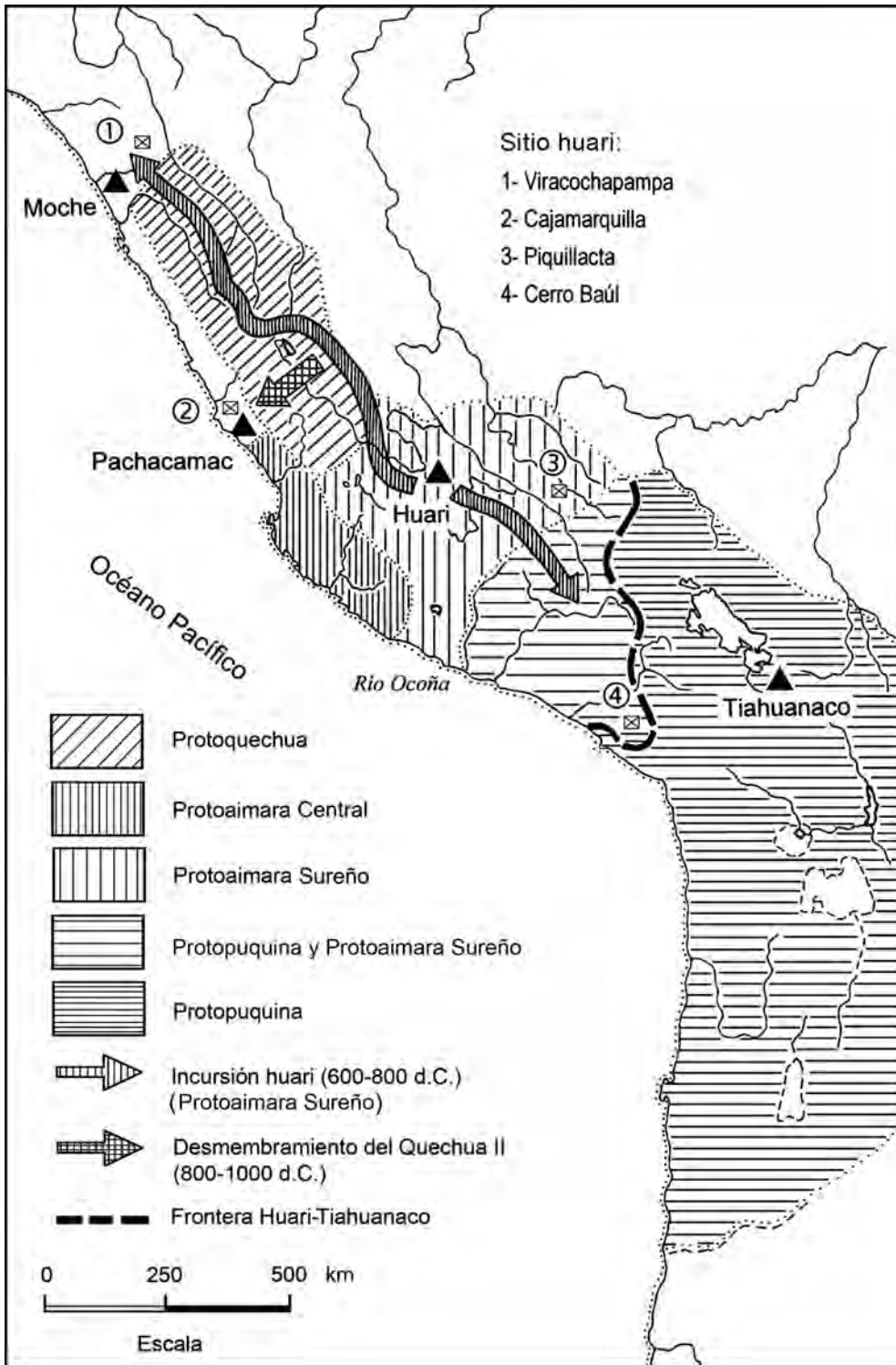


Fig. 2. Horizonte Medio. Desmembramiento del PQ y proyecciones del PAS (elaboración del dibujo: Nicanor Domínguez Fauna, octubre de 2011).

4.2. Incursión del puquina en el área cuzqueña

Como se sabe, los mitos fundacionales del Imperio incaico coinciden en señalar el Titicaca como el lugar de procedencia de los ancestros de los primeros incas, quienes habrían iniciado desde allí su marcha en dirección del valle del Huatanay. Otorgándoles un fondo de historicidad a tales relatos, quisiéramos ver en ellos la representación simbólica de acontecimientos ocurridos en tiempos del Intermedio Tardío. En tal sentido, postulamos que, tras el colapso de Tiahuanaco, debió producirse el éxodo de un grupo de jefes puquina-collas en dirección noroeste, huyendo quizás de los pueblos invasores de habla aimara, que copaban la región lacustre, apoderándose de sus tierras y de sus ganados, al mismo tiempo que los desalojaban de sus islas sagradas del Titicaca (*cf.* Cieza de León 1985 [1551]: cap. XLI, 121).

Pues bien, en un trabajo anterior (*cf.* Cerrón-Palomino 2012), apoyándonos en la interpretación de datos provenientes de distintas disciplinas, como la etnohistoria, la arqueología y la lingüística, procuramos aportar evidencias que buscan respaldar la interpretación histórica que acabamos de formular, por lo que sería repetitivo de nuestra parte volver a tratar aquí sobre el tema. Sin embargo, conviene recordar que, en términos de la distribución de lenguas y pueblos, de asumirse el escenario lingüístico esbozado en § 2.3, el idioma de los jefes collas migrantes y de sus respectivos acompañantes tendría que haber sido el puquina.¹³ Interesa, entonces, indagar sobre las consecuencias de carácter idiomático que habrían tenido que experimentar los collas migrantes una vez establecidos en la región del Cuzco.

Como se recordará, en § 3 dejamos trazado el panorama aproximado de la distribución geográfica alcanzada por el aimara en el Horizonte Medio. Según se mencionó allí, esta lengua, vehículo del Imperio huari, habría llegado a imponerse en el valle del Cuzco, desplazando y absorbiendo a los idiomas locales de la región, de los cuales ya no quedan noticias ni en los documentos coloniales más tempranos. En dicho contexto, la incursión de los jefes collas y sus respectivas comitivas en el área vaticinaba un costo sociolingüístico inmediato, al colocar a los intrusos en una situación de completa minoría idiomática. Los relatos ofrecidos por los cronistas nos recuerdan, sin embargo, que el grupo migrante logró imponerse sobre los caudillos y fratrías locales, tras continuas escaramuzas cuando no mediante alianzas estratégicas, consiguiendo de esta manera erigirse en una suerte de jefatura victoriosa y dominante. Con todo, esta condición ventajosa desde el punto de vista sociopolítico no cambiaría la condición demográficamente minoritaria de su lengua, cuya extinción resultaba inminente a falta de una retroalimentación sostenida, además de su transmisión precaria, en el seno de matrimonios cuyo componente femenino provenía inevitablemente de los grupos locales. No es, pues, difícil imaginar que, en tales circunstancias, el puquina de los collas advenedizos habría desaparecido, a lo sumo, en el lapso de unas tres generaciones, como ocurre por lo general en casos semejantes, cuando los migrantes no reciben una retroalimentación demográfica constante. Sin embargo, los jefes collas antecesores de los incas míticos, una vez que doblegaron y sometieron a los diferentes curacazgos locales, y rodeados esta vez de una aureola divina en tanto «hijos del Sol», habrían logrado imponer, si bien no su lengua, sus valores culturales e ideológicos procedentes de la región lacustre, todos ellos expresados *en* y asociados *a* su lengua originaria: el puquina. Pasado el tiempo, cuando las primeras dinastías consolidaban su dominio en el valle, quedaría, en la memoria de sus descendientes, el vago recuerdo de que sus ancestros hablaban una lengua ignota, como ignotos y arcanos se mostraban ante ellos los términos propios de las instituciones incaicas, que desde entonces comenzarían a ser reinterpretados, primeramente en aimara, y más tarde en quechua.

De esta manera, la «lengua particular» de que nos habla el Inca Garcilaso, entre otros, y que no sería sino el puquina, habría desaparecido del entorno privado y exclusivo de los incas primordiales, cediendo al aimara, el idioma de uso general en toda la región desde su llegada con los huaris. Felizmente, a este respecto, la evidencia lingüística permite sostener que los incas míticos, e incluso los primeros de los llamados históricos, tuvieron el aimara como lengua materna. Ello debió ser así, en efecto, por lo menos hasta el reinado de Pachacutiy (*c.* 1440), quien, tras la conquista de los soras, ocurrida luego de su victoria sobre los chancas, decide celebrar dicha hazaña ordenando componer un himno que la perennizara. Gracias a los informantes de Betanzos y al cuidado con que el cronista supo consignar el dato, ahora estamos en condiciones de sostener que el idioma en el que fue compuesto dicho himno era de cuño aimara, lo que constituye evidencia no solo de que la lengua del soberano mencionado era una variedad de la impuesta

por Huari sino, de manera mucho más importante, que el idioma oficial del imperio era el aimara (véase Cerrón-Palomino e.p.: I-1, II-7). Como hemos tratado de argumentar, sin embargo, tanto la variedad aimara que emerge del texto del himno como buena parte del léxico institucional del incario muestran una huella de sello quechua inconfundible (cf. Cerrón-Palomino 2012).

4.3. Propagación del Chinchay sureño

Como se adelantó en § 3.1, una de las ramas desprendidas del PQ se habría proyectado a la costa, aproximadamente hacia fines del siglo VIII, entrando en contacto, en el área centro-sureña, al sur del valle del Chillón, con la rama central del PA, donde se conformaría más tarde, ya bastante diferenciada de la matriz serrana, como proto-QII. En dicho territorio se irán configurando, durante el Horizonte Medio, una variedad centro-costeña, en torno a Lima (QIIA), y otra sureña, en la región de Chíncha (QIIB). Naturalmente, quedan por explicar tanto el factor desencadenante de la propagación del PQII en dirección de la costa central así como los agentes que permitieron su contacto y su imposición sobre el aimara central de la región. Siendo nuestra intención ocuparnos solo del desarrollo de la rama meridional del quechua, nos centraremos en la difusión de esta en dirección de los Andes sureños, a partir de su emplazamiento original chinchano, en tiempos del Período Intermedio Tardío, es decir luego del colapso del Imperio huari.

Ahora bien, la postulación del señorío de Chíncha como gran propulsor del quechua se basa en el hecho de que tanto las crónicas como las fuentes de carácter regional son unánimes en señalar el extraordinario poderío que había alcanzado la mencionada sociedad en tiempos preincaicos. El cronista Cieza es muy elocuente cuando, al hablar sobre el señorío respectivo, refiere que estaba localizado en el «hermoso y grande valle de Chíncha, tan nombrado en todo el Perú, como temido antiguamente por los más de los naturales» (cf. Cieza de León 1984 [1553]: cap. lxxiii, 218). En efecto, tanta era la importancia que había tenido dicho señorío, antes y después de la conquista incaica, que el último de sus curacas, antes de ser muerto por las huestes de Pizarro en Cajamarca, alternaba en dignidad con el propio Inca, en cuanto a mando y poderío, conforme el mismo soberano lo reconocía, al considerarlo sin ambages como «muy su amigo» (cf. Pizarro 1978 [1571]: cap. 29, 222). Los imponentes restos monumentales estudiados por Menzel (1967), en especial la huaca de La Centinela, capital del señorío, y la de San Pedro, así como la red de caminos que se originaba en ellos, dan cuenta del poderío alcanzado por los señores de la etnia costeña, cuyo prestigio, si bien subordinado al de Pachacamac en lo religioso (cf. Santillán 1968 [1563]: § 28, 392-393), rebasaba las fronteras de su emplazamiento regional.

De hecho, el mismo cronista soldado nos informa que los chinchas hacían alarde del poder que habían alcanzado y blasonaban de su empuje y audacia, al contarnos que «viéndose tan poderosos, en tiempo que los primeros Ingas entendían en la fundación de la ciudad del Cuzco, acordaron salir con sus armas a robar las provincias de las sierras. Y así dicen que lo pusieron por obra, y que hicieron gran daño en los Soras y Lucanes: y que llegaron hasta la gran provincia de Collao. De donde después de aver conseguido muchas victorias y auido grandes despojos, dieron la vuelta a su valle» (Cieza 1984 [1553]: LXXIII, 219).

Que las incursiones chinchas en la sierra sureña y en el altiplano no eran «jactancias falsas», como pretende minimizarlas el Inca Garcilaso (1943 [1609]: VI, XIX), lo sabemos ahora gracias al hallazgo de un documento del último cuarto del siglo XVI, de carácter local, dado a conocer por María Rostworowski (1989).¹⁴ En efecto, dicho documento, que trata sobre aspectos administrativos y tributarios en tiempos de los incas, tiene la virtud de ponernos al tanto sobre los elementos determinantes gracias a los cuales habrían alcanzado los señores de Chíncha el poderío y prestigio de que disfrutaban. Tales factores, según se desprende del «Aviso», serían, en primer lugar, la disponibilidad que tenían de contar con 6000 mercaderes que se desplazaban en dos direcciones, por vía marítima, hasta Quito y Puerto Viejo, y, sierra adentro, hasta el Collao, pasando por el Cuzco; y, en segundo término, el comercio a larga distancia de productos obtenidos e intercambiados dentro del ámbito del circuito comercial establecido. Los productos que se adquirirían, para ser intercambiados o comprados (hay indicios de que se empleaban «monedas» de bronce), eran, por un lado, el cobre y los metales preciosos que se obtenían de la región altiplánica, y por el otro, el apreciado *mullu* de los mares cálidos de Guayaquil y Puerto Viejo. Fuera de tales productos, los prósperos mercaderes también comercializaban chaquiras de oro y esmeraldas, tan estimadas por los señores de Ica,

«mui amigos de ellos» y sus «vecinos más cercanos», al mismo tiempo que llevaban mates y calabazas, altamente apreciados por los pueblos altiplánicos, según informa el cronista Lizárraga, que en su obra echa mano del texto del «Aviso» (*cf.* Rostworowski de Diez Canseco 1989 [1970]: 228). Por lo demás, tal parece que el comercio en la costa se realizaba por vía marítima, donde la hegemonía naval de los chinchanos era proverbial, según lo reconocería el propio inca Atahualpa (*cf.* Pizarro 1978 [1571]: cap. 29, 222);¹⁵ en la sierra, en cambio, debía efectuarse mediante caravanas de llamas, o simplemente empleando la fuerza humana, lo que no sorprendería dado el impresionante número de mercaderes de que se disponía. De esta manera, los chinchas podían desplegar su poderío tanto comercial como militar, poderosos agentes que habrían facilitado la difusión de la variedad quechua que empleaban. Tal es, precisamente, la hipótesis formulada por Torero, sobre el origen chinchano del quechua sureño, es decir su quechua IIC (*cf.* Torero 1974: II, § 1), apoyándose en las fuentes que acabamos de mencionar, en especial en el citado documento comentado por la historiadora Rostworowski. Argumentaba, en efecto, el mencionado lingüista, que la información documental examinada constituía evidencia de peso para sostener la difusión del quechua chinchay, siguiendo las rutas comerciales establecidas, tanto hacia el norte, llegando hasta el Ecuador, como en dirección sureste, alcanzando el área cuzqueña y, quizás, también altiplánica.¹⁶

Ahora bien, atribuir la difusión de la variedad chinchana o marítima exclusivamente al poderío económico y quizás también militar de los chinchas no parecía del todo convincente, sobre todo cuando, como en el presente caso, se trata de explicar un fenómeno de desplazamiento idiomático alcanzado en el lapso de unas cuatro centurias. Para que la hipótesis adquiriera mayor rotundez hacía falta contar con la intervención de otro agente difusor, esta vez de naturaleza más dinámica y efectiva: el rol desempeñado por los chancas como los propagadores de dicha difusión. Como se sabe, la documentación colonial es pródiga en relación con las hazañas del mencionado grupo étnico, considerado como una de las «naciones» que habría puesto en jaque al Imperio incaico en gestación. Es más, las fuentes más fidedignas, Betanzos y Cieza entre ellas, hacen referencia a la existencia de una verdadera confederación de distintas «naciones» lideradas por los chancas, ocupando la cuenca del río Pampas, en un radio de aproximadamente 30.000 kilómetros cuadrados (Ravines 1994: cap. III, 476). Dicha confederación, que habría incluido, entre otros grupos étnicos, a los astos, chocorbos, angaraes, soras y lucanas, habría conseguido someter a los quichuas y demás pueblos a la redonda, antes de acercarse a las puertas del Cuzco. Previa o simultáneamente, los generales de Uscovilca, el líder de la liga, habían marchado, conquistando pueblos, por la región del Condesuyo, llegando hasta los chichas, «cincuenta leguas más allá de los Charcas», y, por el Antisuyo, hasta tocar el territorio de los chiriguano (*cf.* Betanzos 2004 [1551]: I, VI, 66). El ponderado Cieza nos refiere asimismo que, tras la derrota definitiva sufrida ante los cuzqueños, el victorioso Inca Yupanqui —en adelante Pachacuti Inca Yupanqui—, llega a perdonar a los generales chancas sobrevivientes, premiándolos por su valentía y coraje, para enrolarlos luego en las filas de su ejército vencedor, comandando sus propias huestes, para más tarde emprender sus conquistas del Collao y del Chinchaisuyo (*cf.* Cieza 1985 [1551]: XLVI, 137; XLVIII, 141, 145).

Pues bien, más allá de la aureola mítica que las envuelve, creemos que las hazañas de chancas e incas, que a menudo suscitan cierto escepticismo entre historiadores y arqueólogos, no dejan de tener un trasfondo de historicidad. Lo que nos interesa destacar de todo ello es, por un lado, la referencia a la existencia de una confederación de pueblos liderados por jefes chancas, capaces de organizar y movilizar un poderoso ejército de distintos frentes y en diferentes direcciones, y que, aun cuando fueran finalmente derrotados por los incas, prefirieron una honrosa alianza con sus vencedores, a quienes acompañaron luego en las guerras de conquista que siguieron al triunfo de los cuzqueños. De otro lado, interesa señalar que el escenario de las campañas realizadas por los ejércitos chancas coincide exactamente con el espacio en el que, según nos lo refiere Cieza de León, incursionaban los chinchas, y no solo por razones comerciales sino también en son de conquista. En ambos casos estamos hablando de la sierra sureña y altiplánica, que es precisamente el área en el que se irá imponiendo el quechua IIC, desplazando al aimara de la región. Chinchas y chancas, en suma, serían los responsables de la difusión de la variedad sureña del quechua, iniciada en el Período Intermedio Tardío, y en tiempos en que los incas míticos apenas estaban logrando consolidar su liderazgo, es decir cuando «los primeros Ingas entendían en la fundación de la ciudad del Cuzco», según refiere Cieza (1984 [1553]: LXXIII, 219).

Ciertamente, como ha sido señalado, las informaciones que contamos con respecto a la composición y la procedencia de las unidades sociopolíticas que formaban parte de la confederación chanca son vagas e imprecisas. De hecho, las opiniones de los estudiosos respecto de la existencia misma de dicha confederación están divididas, pues hay quienes la dan como un hecho (*cf.* Rostworowski de Diez Canseco 2001: 314-316; Favre 1983: 12; González Carré 1992, por citar solo algunos exponentes), pero tampoco faltan quienes, sobre todo en ausencia de evidencias materiales más contundentes que las ofrecidas, creen ver en la guerra de los chancas más bien un «mito disfrazado de historia» (*cf.* Zuidema 1977: 48; Duvols 1979: 371; Santillana 2002; Bauer *et al.* 2010). En esta parte, como se puede apreciar, los puntos de vista de los estudiosos están claramente enfrentados.

De otro lado, si el *historicismo* de la confederación chanca es un tema polémico, mucho más lo es, sin duda, el tipo de relación que habría existido entre los señores de Chíncha y los jefes de la confederación chanca, más allá de su vecindad geográfica, que obviamente entraba dentro de la red comercial establecida por los mercaderes costeños, en sus travesías por la sierra sureña. Sin embargo, que una suerte de alianza y colaboración pudo haber existido entre ambos poderes, parece sugerírnoslo el jesuita anónimo, cuando relata, hablando de la casta sacerdotal poderosa de los <vilaomas>, considerados como la segunda persona del Inca, que «en tiempo de Viracocha Inca, fueron muchos destes ministros causa principal para que se amotinasse y rebelasse el pueblo, y particularmente Anta Huaylla con los Chinchas, de donde resultaron grandes guerras y casi perderse el reyno» (Anónimo 2008 [1594]: 35).

El pasaje, como puede apreciarse, hace alusión a la guerra de los chancas, que en la versión «oficial» incaica es vista como una sublevación, pero, de manera más interesante, esta vez hace alusión, en forma conjunta, a chinchas y chancas con la casta sacerdotal incaica, confabulando y participando en la invasión armada. Sobra decir que el dato etnohistórico, que sugiere una alianza entre los poderes costeños y serranos, comulgando quizás de una misma ideología religiosa,¹⁷ resulta no menos revelador. Hace falta, sin embargo, el auxilio de la arqueología para desentrañar las evidencias materiales de tal coalición. Sin embargo, mientras los especialistas de esta disciplina sigan empecinados en descartar de plano la información etnohistórica que no cuente necesariamente con un respaldo material, y de otro lado, en tanto sigan priorizando el estudio de sitios monumentales, con el consiguiente descuido de la investigación de yacimientos menos espectaculares, no podremos avanzar en la comprensión de temas como el señalado.

Con todo, en relación con los contactos interétnicos mencionados, podemos señalar, desde el punto de vista lingüístico, que algunos de los nombres de los generales chancas, mayormente de etimología aimara, parecen sugerir ciertas conexiones entre los pueblos que la tradición señala como integrantes de la coalición. Tal es el caso, por ejemplo, del capitán Astu Huaraca, participante en el ataque al Cuzco, cuyo primer nombre estaría indicando vínculos con los señores de Chocorbos. En efecto, hablando de este grupo étnico huancavelicano, Damián de la Bandera (1968 [1557]: 494), nos refiere que hubo «otro señor [...] que se llamaba Asto Capac, que señoreó mucha tierra». Los astos, efectivamente, constituyeron un curacazgo prehispánico que ocupaba las cuencas de los ríos Mantaro y Vilcamayo (*cf.* Lavallée 1983: cap. I). Recordemos también, por lo demás, que los señores de Chíncha y Lunahuaná se apellidaban <Rucana>, tal como figura en la *Relación* de Castro y Ortega y Morejón (1968 [1558]), señalando una clara conexión con los lucanas de la región de Ayacucho. Por lo demás, todos estos nombres propios, en especial los de los generales y capitanes chancas, conforme lo señalamos, acusan un origen aimara, lo cual no debe extrañar, puesto que corresponden a individuos cuya lengua originaria, antes de ser quechuzados, era la aimara.

Ahora bien, de aceptarse la difusión del quechua sureño, procedente de Chíncha, conviene preguntarse si dicha variedad, en efecto, guarda estrecha relación con la variedad del chinchay sureño, tal como esta se conoce por medio de la obra gramatical y lexicográfica del primer gramático de la lengua, fray Domingo de Santo Tomás (1994a [1560]; 1994b [1560]). Al respecto, debemos señalar que en Cerrón-Palomino (e.p.: III-12) aportamos evidencia suficiente que prueba de manera convincente por lo menos tres aspectos relacionados con el problema planteado: a) que el registro indirecto (de naturaleza onomástica básicamente) y directo (el corpus quechua de Pedro de Quiroga y de Betanzos) de la variedad hablada en la región ayacuchana-cuzqueña presenta los mismos rasgos fonológicos que el quechua chinchano o «marítimo»; b) que dicha variedad seguía empleándose allí aún en la segunda mitad del siglo XVI; y c) que la variedad aludida era una de las manifestaciones de la «lengua general» usada como vehículo del expansionismo quechua iniciado por Pachacutiy Inca Yupanqui. De esta manera, en términos cronológicos,

son los pueblos convocados o sometidos por los chinchas y chancas quienes se quechuizan gradualmente, a lo largo del Período Intermedio Tardío (900-1400 d.C.), mientras que los cuzqueños, a quienes seguramente no les era del todo extraño el quechua en razón de las incursiones de los chinchas a su territorio inicial, solo mudarán de idioma tras someter a los chancas y tomar contacto con los señores de Chíncha, luego del reinado de Pachacuti, hecho que ocurre probablemente en la segunda mitad del siglo XV. Que esto parece haber sido así, se desprende de las propias fuentes documentales. En efecto, en la *Descripción de la provincia de Vilcas Guaman* leemos lo siguiente, a propósito de la situación lingüística de la región: «Háblase generalmente en esta provincia la lengua general que llaman quíchua, la cual les mandó hablar el inga Guaynacapac a todos los indios deste reino, aunque entre ellos hay otras diferencias de lenguas, traídas desde donde tuvieron su principio y origen» (énfasis agregado; cf. Carabajal 1965 [1586]: 206).

La misma referencia a Huaina Capac como el soberano que habría declarado el quechua como lengua oficial la encontramos en la crónica del cronista Murúa. En efecto, el cronista mercedario recoge la tradición según la cual a dicho inca «se atribuye haber mandado en toda la tierra se hablase la lengua de Chinchay Suyu, que agora comúnmente se dice la Quíchua general, o del Cuzco, por haber sido su madre Yunga, natural de Chíncha, aunque lo más cierto es haber sido su madre Mama Ocllo, mujer de Tupa Inga Yupangui su padre, y esta orden de que la lengua de Chinchay Suyu se hablase generalmente haber sido, por tener él una mujer muy querida, natural de Chíncha» (cf. Murúa 1987 [1613]: I, XXXVII, 136).

Como puede verse, el recuerdo de que el quechua era una lengua que acababa de ser adoptada por los incas permanecía aún fresca en la memoria de los pueblos recientemente anexados al imperio, como vívida estaba aún en la memoria de los descendientes de los señores de Chíncha, a mediados del siglo XVI, la llegada de los incas a su territorio, al afirmar que «[e]n este comedio que puede aver hasta ciento y cinq[ue]nta años poco m[a]s o menos vino p[or] e[stos] llanos vn ynga llamado capa yupangue que fue el primer ynga que oyeron dezir» (cf. Castro y Ortega y Morejón 1968 [1558]: 478).

Ello permite comprender también por qué, en pleno siglo XVI y comienzos del XVII, todavía subsistían variedades aimaraicas en el territorio ocupado por el quechua ayacuchano, como lo atestiguan las *Relaciones geográficas* mencionadas en secciones precedentes. Sobra decir que, de haber sido el Imperio huari el propulsor del quechua en dicho espacio geográfico, como lo vienen sosteniendo Beresford-Jones y Heggarty (2011), no se entendería cómo un imperio vigoroso, con un ejército poderoso y un aparato administrativo eficiente, no fue capaz de imponer su lengua en 500 años de dominio y control, borrando del mapa las variedades locales del aimara y las lenguas ajenas a él, que todavía subsistían allí más allá del siglo XVI.¹⁸ De otro lado, de manera mucho más realista, tampoco la tesis de la expansión quechua propulsada por el Estado huari durante el Horizonte Medio puede explicarnos la escasa fragmentación del quechua sureño no obstante los 14 siglos que habrían transcurrido supuestamente desde los inicios de su expansión. Por el contrario, creemos que las razones aducidas hasta aquí parecen indicar, de manera natural, que la presencia del quechua en la región sureña peruana no puede remontarse más allá del Intermedio Tardío.

Ahora bien, comparados el quechua moderno ayacuchano-cuzqueño con el empleado en la zona hasta bien entrado el siglo XVI, las diferencias saltan a la vista. Para comenzar, resulta obvio que si bien gramaticalmente estamos ante dialectos afines, fonológicamente el QIIC ha perdido sus rasgos chinchaisuyos. De otro lado, tampoco el QIIC, para hablar solo de la región sureña peruana actual, constituye una realidad homogénea. En efecto, la dialectología distingue dentro de dicha rama por lo menos dos variedades nítidamente separables, teniendo el río Pachachaca (Apurímac), como su frontera divisoria: hacia el oeste se encuentran las hablas del tipo ayacuchano, llamado también «chanca»; al sureste, a su turno, se extienden las del tipo cuzqueño, conocida también como «inca». Las isoglosas que separan ambos dialectos constituyen rasgos privativos de la segunda variedad: en efecto, tanto el registro de consonantes aspiradas y glotalizadas como el debilitamiento de las consonantes oclusivas en posición final de sílaba son rasgos exclusivos del quechua cuzqueño o «inca».¹⁹

Pues bien, ¿cómo explicar dicha diferencia, si asumimos que el quechua chinchano del cual derivan no registraba tales rasgos, en especial el primero de los mencionados? La respuesta a tal pregunta supone tocar dos aspectos atinentes a la historia del quechua sureño: a) su *deschínchaización*, y b) su reconfiguración posterior. Creemos que ambos procesos son consecuencia, tal como lo señalamos en Cerrón-Palomino

(e.p.: III-12), siguiendo la propuesta de Itier (2000), de la política de estandarización del quechua impulsada por el Tercer Concilio Limense (1584-1585) que, tomando como base el dialecto cuzqueño, busca implantar una «lengua general», nueva *κοινή* esta vez inducida y empleada no solo como medio de evangelización sino también como vehículo de comunicación entre las ciudades integradas dentro del circuito económico y social establecido entre Huancavelica y Potosí. De esta manera, en efecto, la *deschinchaización* supuso el rechazo de todo rasgo de sonorización, considerado como signo de «corrupción» dialectal.²⁰ Sin embargo, dicho «correctivo» no impidió el que se gestaran, más tarde, dos variedades distintas pro hijadas por la mencionada *κοινή*. ¿Cómo explicar la distinta configuración moderna de tales dialectos?

Tradicionalmente se ha sostenido que el cuzqueño adquiere sus propiedades particularizantes —las modificaciones laríngeas y el desgaste de sus consonantes en posición final de sílaba— como resultado de un sustrato aimara. Sin embargo, la tesis sustratística parece contradecirse desde el momento en que, asumiendo que el ayacuchano tuvo igualmente al aimara como lengua de sustrato, debíamos esperar allí la emergencia de los mismos fenómenos. Una manera de resolver el problema, naturalmente en calidad de hipótesis, es atribuyendo a cada variedad una génesis y una configuración diferentes en términos cronológicos, sociales y políticos. Lo que quisiéramos decir es que el quechua ayacuchano y el cuzqueño se gestan a la vez en diferentes contextos sociolingüísticos y políticos, y en distintas etapas de quechuización. Sostenemos, en efecto, que si bien tanto el ayacuchano como el cuzqueño se configuran como segundo idioma, en la primera instancia estamos hablando de la adquisición de la lengua por parte del común de la gente, que en condiciones semejantes toma como arquetipo a los grupos culturalmente dominantes, que en este caso habrían sido los chinchas y los chancas quechuizados; en la segunda instancia, por el contrario, son los grupos de poder, esta vez los miembros de la casta dirigente cuzqueña, quienes adoptan el quechua como segundo idioma, y en tales condiciones, el quechua aprendido por ellos, interferido por su aimara materno, es decir con aspiradas y glotalizadas, que a su vez fomentarían el debilitamiento de los segmentos oclusivos en final de sílaba, es el que se impondría como norma. En tal sentido, el proceso nivelador promovido por el uso masivo de la nueva lengua general habría tenido la virtud de eliminar la sonorización chinchaisuya, mas no la de suprimir o erradicar —mas allá de la ortografía propuesta por el Tercer Concilio— la distinción de consonantes laringalizadas, ajena a los dialectos centro-norteños y al castellano, pero connatural al aimara y al puquina de las poblaciones sureñas (Fig. 3).

5. Contactos idiomáticos en el Horizonte Tardío

Tal como se mencionó en la sección precedente, los incas, que hasta el reinado de Pachacutiy tenían el aimara como lengua oficial, al expandir su territorio en dirección noroeste, tras la victoria alcanzada sobre los chancas, toman contacto con poblaciones bilingües de aimara y quechua, como lo eran los diversos grupos étnicos que ocupaban los actuales departamentos de Ayacucho, Apurímac y del norte de Arequipa, pero también, y de manera más importante, con pueblos que por entonces ya serían monolingües quechuas, como los de Huancavelica, Ica y Lima, sin contar las poblaciones que habitaban en toda la sierra central, desde Junín hasta Ancash, monolingües natos de QI; y, más al norte, entrarían en contacto igualmente con otros tantos pueblos, en distintos grados de bilingüismo, esta vez de lengua local y, nuevamente, de variedades de quechua II. Dentro del panorama lingüístico bosquejado, con poblaciones monolingües y bilingües (en ocasiones incluso trilingües), el quechua, ya fuera como segunda lengua o como idioma materno, y para referirnos solo al territorio peruano actual, estaba bastante difundido en toda la costa y sierra centro-sureñas. La omnipresencia de la lengua en tan vasto territorio, si bien claramente fragmentada en dos grandes grupos dialectales —QI y QII—, habría sido una razón suficiente para convencer a los sucesores de Pachacutiy sobre la conveniencia de asumirla como lengua general del imperio, tal como parece sugerirlo la tradición recogida por los cronistas del siglo XVI. De esta manera, los mismos soberanos cuzqueños, familiarizados con la lengua desde antes de la invasión del Cuzco por los chancas, debieron haber pasado por un proceso de bilingüismo aimara-quechua, que finalmente devino en monolingüismo quechua: una vez más, y siempre por razones de Estado, los incas mudarían de lengua, tal como lo habían hecho sus ancestros de origen puquina.

Más tarde, en las guerras de expansión incaica, tanto en dirección del Chinchaisuyo como del Collasuyo, los soberanos cuzqueños afianzarían la presencia del quechua en el norte, especialmente en el Ecuador, a

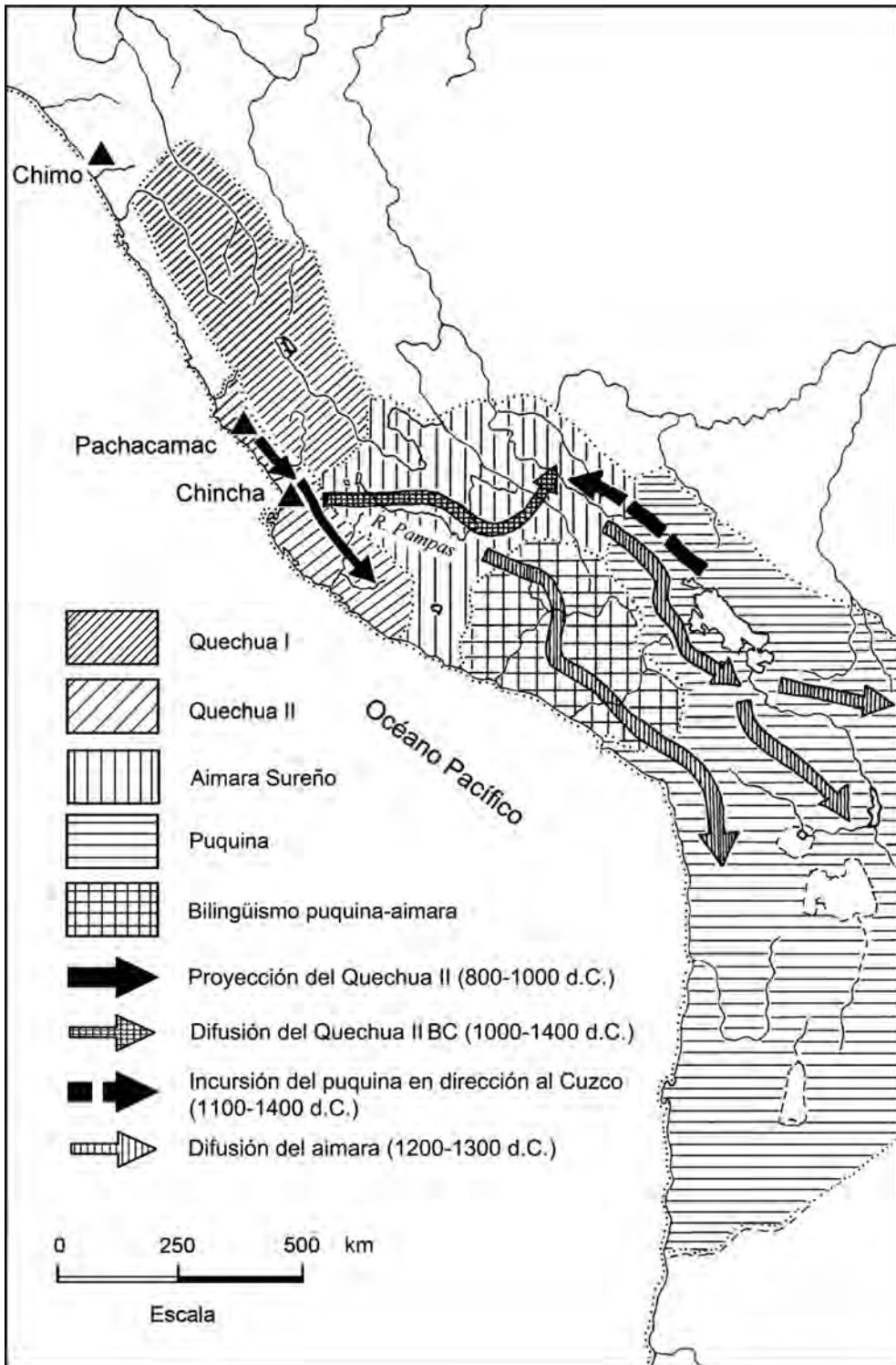


Fig. 3. Período Intermedio Tardío. Proyecciones del Quechua IIB/C, del AS, e incursión del puquina (elaboración del dibujo: Nicanor Domínguez Faura, octubre de 2011).

la vez que lo impondrían en el sur, como en el caso de Cochabamba. En las campañas del sur emprendidas más allá de la frontera de La Raya, los cuzqueños se reencontrarían con el aimara que, a lo largo del Intermedio Tardío, venía imponiéndose entre las poblaciones originarias de habla puquina, uro y atacameña, por mencionar solo algunas de las entidades idiomáticas a las que iba desplazando. Recordemos, sin embargo, que si bien la lengua de los collas estaba siendo eliminada de la mayor parte de su territorio, quedaban aún, en los extremos norte y sureste del altiplano, así como en la vertiente occidental del Pacífico, áreas que no habían sido aimarizadas por completo, según se puede deducir de la documentación colonial. Ello quiere decir que las campañas incaicas de conquista y reconquista del Collao habrían puesto nuevamente a los soberanos cuzqueños en contacto con la lengua de sus ancestros, que para entonces, bilingües de aimara-quechua, les resultaría completamente ignota ya. Surge entonces la pregunta, planteada hace algún tiempo, a raíz precisamente de unos comentarios formulados por Adelaar (1987b) al trabajo de Torero (1987): los pueblos de las riberas del lago, como Coata y Capachica, que hoy día son quechuahablantes, ¿habrían pasado directamente del puquina al quechua o lo habrían hecho primeramente a través del aimara? La pregunta deja de ser trivial si advertimos que las hablas quechuas de Puno, del Callejón del Colca, así como el de Potosí, acusan un sistema morfológico interferido de sufijos derivativos aimaras (cf. Adelaar 1987a, para el caso de Puno, y Chirinos-Maque 1996, para la región del Colca). Como advierte Adelaar, mientras no se tengan datos de las hablas quechuas mencionadas previamente, no se está en condiciones de absolver la interrogante planteada.²¹

A propósito del problema aludido, Paul Heggarty (comunicación personal, 4 de mayo de 2009) observa nuestra hipótesis de la sustitución directa del puquina por el aimara entre los incas míticos señalando que los términos institucionales del incario que atribuimos a dicha lengua (cf. Cerrón-Palomino 2012) constituirían, por la forma en que pasaron al quechua, una evidencia en contra de nuestro planteamiento, sosteniendo como una alternativa de interpretación la posibilidad de que dicha terminología pudo haber pasado directamente del puquina al quechua, sin mediación aimara, lo que a su vez implicaría la presencia del quechua en el valle del Cuzco desde los tiempos de la ocupación huari. Los nombres en cuestión serían <hisi> ‘mes’ (que nosotros reconstruimos como **kbisi*) y <capac> ‘jefe’ o ‘principal’. Como se sabe, el primero pasa al quechua en la forma de <quiz>, a manera de una posposición de los nombres de los meses del año (así, por ejemplo, en <aymoray quiz> ‘mayo’), a la par que el segundo lo hace en la forma presentada, es decir acabando en consonante. Lo anómalo en la quechuzación de tales nombres radicaría en que, de haber pasado por el filtro aimara, deberíamos esperar **<quizi>* y **<capaca>*, respectivamente, pues una de las reglas más conspicuas de esta lengua es que ella no tolera lexías que acaben en consonante: en el primer caso, la palabra no necesitaba mayor reajuste, mientras que en el segundo, es decir <capac>, requería de una vocal final de apoyo (= paragoge) para ser pronunciable en la lengua. Pues bien, ocurre que el quechua acabó registrando <quiz> y <capac>, es decir suprimiendo la vocal final del original puquina, en el primer caso, y la vocal paragógica aimara, en el segundo; en ambas instancias, el procedimiento está reñido con las reglas de la lengua. ¿Hasta qué punto esta observación es una evidencia en contra de la tesis planteada por nosotros?

Al respecto debemos señalar que, en algún momento de su evolución, al quechua no le fue ajeno el proceso de truncamiento vocálico, como lo prueba el tratamiento de los sufijos aimaras **-wi* y **-ni*, según lo hemos demostrado en otro lugar (cf. Cerrón-Palomino 2008b: II-3). Nótese, sin ir muy lejos, que la misma suerte le cupo al nombre **qulla-wi*, que devino en [qullaw], base sobre la cual se formó la forma castellanizada <Collao>. De manera que no debe extrañar que las formas **kbisi* y **qhapaq(a)*, previamente asimiladas por el aimara cuzqueño, hayan devenido en <quiz> y <capac>, respectivamente, en boca de los quechuahablantes. Ayudarían en ello, por un lado, la naturaleza posposicional de la primera palabra; y, por el otro, en el caso del segundo término, la misma lengua aimara mostraba propensión a suprimir la vocal de todo elemento modificador de más de tres sílabas, que era el caso de <capaca>, en frases atributivas del tipo <capaqui> ‘señor’ (**<qhapaq(a) iki>*), <capacomí> (**<qhapaq(a) qumi>*) ‘señora’, <capac laymi> ‘fiesta del Sol’ (**<qhapaq(a) laymi>*), hecho que a su vez motivaría, en el quechua, su reinterpretación como <capac>. Del mismo modo debe explicarse otra aparente contradicción, no señalada por nuestro comentarista, que estaría dada por el tratamiento de la vibrante inicial /r/ de voces puquinas que, al pasar por el filtro aimara, debían mostrar su cambio en lateral /l/ (por el hecho de que al aimara siempre le repugnó

la vibrante inicial). Tal fue el caso seguramente de la voz *layqa* ‘sacerdote’, que aparece documentada en puquina como <reega>, con el cambio mencionado. Sin embargo, nombres como <raymi> ‘fiesta principal’ y <roca> ‘jefe’, asignables igualmente al puquina, no muestran el cambio esperado —no, al menos en su forma moderna institucionalizada dentro del quechua— como sí ocurre en la documentación colonial, pues allí encontramos <laymi> y <loca>, respectivamente. ¿Cómo explicar que el quechua no registre estas formas que llevan el sello aimara? La respuesta no se deja esperar: se trata, sin duda, de nombres que fueron reinterpretados posteriormente, cuando el quechua cuzqueño se remodelaba como nueva «lengua general», tal como ocurrió seguramente con la designación de la divinidad <vilacota>, que devino en <uiracocha>. En suma, para terminar con este punto, creemos haber demostrado que no hay base para sostener que la mudanza idiomática del puquina al quechua se haya hecho de manera directa, pues al tiempo en el que los primeros incas abandonan su lengua originaria el quechua aún no había traspasado la cuenca del río Pampas.

Por lo demás, volviendo al tema de la expansión quechua, sobra señalar que en espacio de poco más de 100 años, que es el tiempo escaso que duró la dominación incaica en su fase histórica, no podía esperarse que el idioma propulsado por los últimos incas se impusiera sobre las regiones recientemente anexadas al imperio. De manera que el afianzamiento de la lengua, sobre todo en los territorios del norte y del sur del antiguo territorio incaico, exceptuada quizás Cochabamba (que en los documentos coloniales aparece registrada como <Cotabamba>), que sabemos que fue repoblada sistemáticamente por Huaina Capac, es en buena medida el resultado de la política desplegada por la administración colonial, que asumió el quechua o el aimara, según la composición étnica de los pueblos reducidos y el predominio local de que disfrutaban estas lenguas, como medio de evangelización y de administración fiscal (Fig. 4).

6. Apreciación final

Llegados a este punto, solo nos queda resumir, a modo de conclusión, las postulaciones básicas formuladas a lo largo de nuestra exposición. En primer lugar, en cuanto a los emplazamientos iniciales a partir de los cuales se difundieron las lenguas estudiadas, debemos señalar que, a la par que seguimos adhiriendo en líneas generales al modelo interpretativo tradicionalmente aceptado, hemos introducido algunas revisiones basándonos en razones de orden lingüístico, particularmente onomástico. De esta manera, en relación con el quechua, lengua para la cual se postulaba un origen costeño, hemos sugerido una interpretación alternativa, asignándole una procedencia centroandina, en conexión íntima con la génesis y el desarrollo de la civilización Chavín; en cuanto al aimara, nos ratificamos en la propuesta inicial formulada, postulando una localización costeña, centro-sureña más específicamente, con proyecciones hacia las estribaciones serranas inmediatas; finalmente, respecto al puquina, idioma de localización circunlacustre inicial, proponemos una ocupación continua en toda la región altiplánica, territorio compartido por el uro a lo largo del eje acuático Titicaca-Coipasa. En segundo término, postulamos la tesis del amoldamiento de la versión primordial del quechua dentro del arquetipo inicial del aimara en su versión sureña, como un proceso ocurrido en tiempos asignables al Horizonte Medio y como resultado de la incursión y consiguiente dominio cultural de Huari (fase Chaquipampa) sobre las poblaciones quechuahablantes centroandinas. En tercer lugar, en cuanto a la propagación del aimara en la sierra sureña, nos limitamos a desarrollar argumentos adicionales que abonan a favor de la hipótesis establecida del expansionismo huari como el agente responsable de dicha difusión, descartando implícitamente el quechua como alternativa idiomática asignable a dicho agente, por razones de índole cronológica y dialectal. En cuarto término, intentamos afianzar la hipótesis, igualmente establecida, del origen chinchano del quechua sureño peruano, impulsado por chinchas y chancas, lo que traerá como consecuencia el desplazamiento del aimara de la región, tras el colapso de Huari; creemos que los argumentos de tipo etnohistórico, arqueológico y lingüístico desarrollados, si bien controvertidos algunos de ellos, refuerzan la tesis del carácter relativamente «reciente» de la difusión de la variedad quechua mencionada. En quinto lugar, en relación con el puquina, volvemos a sostener, apoyados en argumentos provenientes de la lingüística, la mito-historia y la arqueología, su identificación como la «lengua particular» de los incas míticos, cuyas huellas persistirán en el léxico institucional incaico, remodelado sucesivamente en labios de los incas históricos, primeramente por el aimara y luego por el

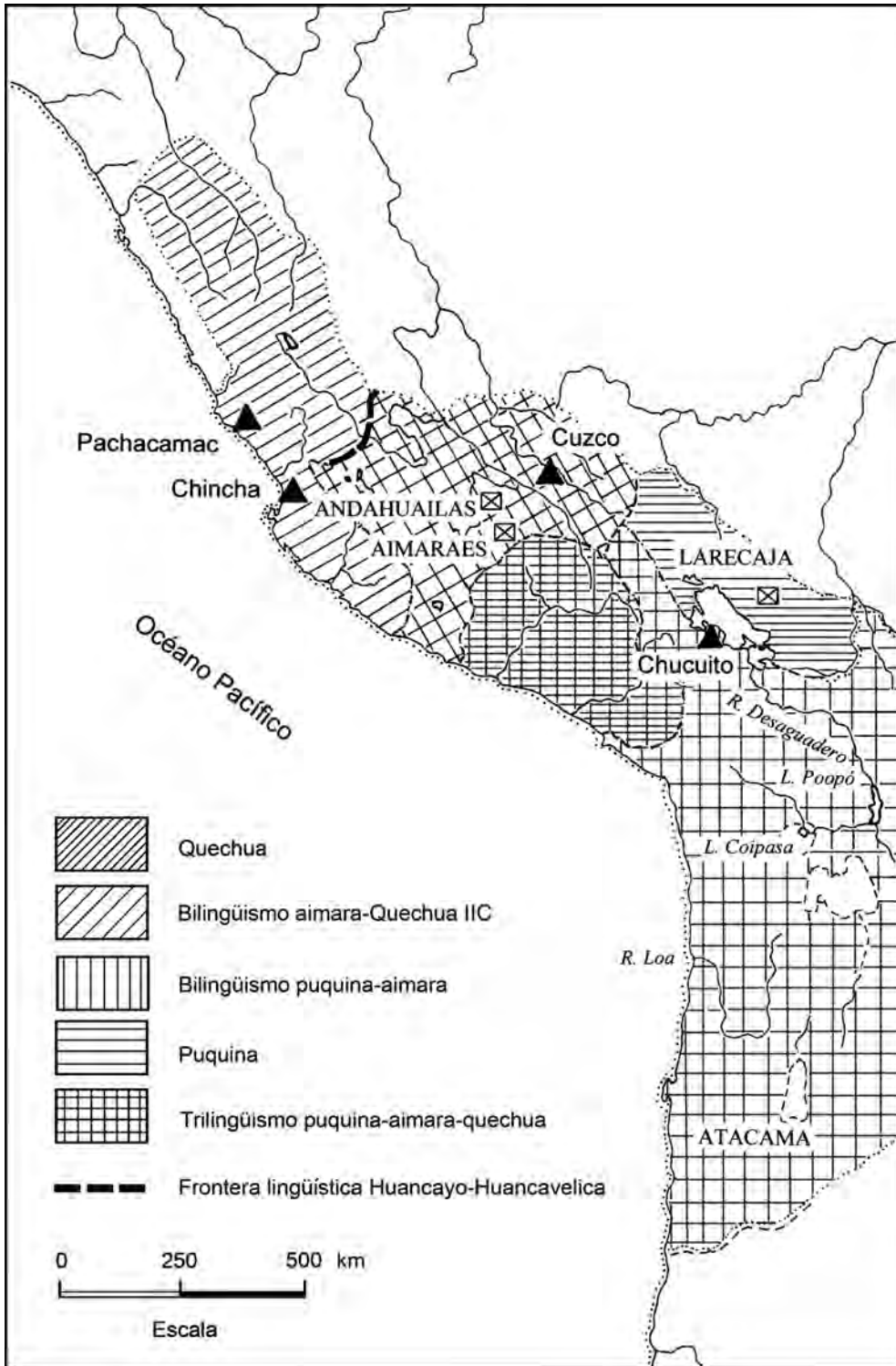


Fig. 4. Horizonte Tardío. Distribución lingüística de las lenguas mayores del antiguo Perú (elaboración del dibujo: Nicanor Domínguez Faura, octubre de 2011).

quechua, según se tratara de la lengua oficial de turno. Finalmente, en consonancia con la tesis de la cobertura altiplánica del puquina en territorios que hoy se reparten el aimara y el quechua, postulamos, una primera etapa de aimarización de la región, tras la debacle de Tiahuanaco, seguida por otra, esta vez de quechuización, impulsada por el expansionismo incaico en tiempos prácticamente históricos.

En suma, como habrá podido apreciarse, persistimos en ciertos planteamientos que, desde nuestro punto de vista, no pueden ser descartados tan fácilmente en aras de la aplicación de modelos interpretativos que pueden ser muy atractivos a simple vista, pero que parecen sacrificar la realidad de los hechos, a la manera de Procusto, a esquemas generalizantes previamente imaginados.

Notas

¹ Quienes plantean una revisión drástica del modelo por ellos llamado «tradicional» o «conservador» son Heggarty (2008) y Beresford-Jones y Heggarty (este número). Una revisión moderada del modelo en cuestión la ofrece Adelaar (2011a, 2011b; véase, asimismo, su contribución al presente número). Sobre decir que el presente trabajo disiente de la posición asumida por los colegas mencionados, en especial de la de los dos primeros, aunque dista lejos de haber sido redactado con la intención expresa de rebatir sus planteamientos. De todos modos, como es natural, será inevitable pronunciarnos en algún momento de nuestra discusión respecto de algunos de los puntos tratados por ellos, en especial aquellos que inciden en los planteamientos reformulados aquí.

² Torero, su patrocinador, habla de un posible «paleoquechua», que habría estado asociado con Caral (2002: cap. 2, § 2.3.2). Ruth Shady, que le toma la palabra, va más allá, dando como un hecho aquello que no pasa de ser una conjetura (cf. Shady 2001: 52; 2006: 62, 84, 86). El propio Torero, sin embargo, no descarta la posibilidad de que «el lugar original de partida del quechua antiguo se haya situado, no en la costa ni en las vertientes marítimas, sino en la sierra —en Ancash, Huánuco, Pasco o Junín—, o, mejor aún, entre sierra y costa; esto es, se haya gestado en la relación misma [*sic*]» (cf. Torero 2002: cap. 3, § 3.2.10, 87).

³ Lengua por lo demás inferida, mas no documentada. El reciente hallazgo en las ruinas de la antigua iglesia de Santa María Magdalena de Cao de un documento retaceado en el que se registra el sistema numeral (decimal) de una lengua ignota, aunque con préstamos léxicos y ahormamiento de origen quechua obvios, constituye evidencia decisiva de la existencia del mencionado idioma (cf. Quilter *et al.* 2010).

⁴ Por lo demás, las pesquisas de carácter onomástico realizadas en la región por Gálvez Astorayme (2003), que sin duda buscaban apoyar la hipótesis de Torero-Shady, adolecen de los errores típicos a los que nos tienen acostumbrados los aficionados. De paso sea dicho, querer derivar el nombre <supe> a partir del quechua **supay* ‘espíritu, fantasma’, haciéndolo pasar —debemos suponerlo— por el cambio del diptongo <ay> en <e>, fenómeno propio del quechua del Callejón de Huailas, para glosarlo como «valle sagrado» (cf. Shady 2006: 83), no tiene ningún sustento. En el mejor de los casos, de aceptarse dicha etimología, ella estaría probando precisamente una designación tardía e impuesta desde fuera.

⁵ Véase ahora el cuidadoso estudio de Salas (2010), en el que el autor demuestra, comparando los datos ofrecidos por el texto mencionado del arzobispo Mogrovejo (cf. Mogrovejo 2006 [1593-1605]) correspondiente a la segunda (1593-1599) y a la cuarta visita (1605-1606), la sustitución del quingnam por el quechua en las zonas costeras de Lima y Ancash, gracias al empleo de esta lengua como medio de evangelización (cf. Salas 2010: 115-116).

⁶ En tal sentido, creemos que el registro de topónimos atribuibles al aimara en la zona (cf. Cerrón-Palomino 2000: cap. VII, § 3.3, 292-293), y que Beresford-Jones y Heggarty (2011) invocan en apoyo de su correlación lingüístico-cultural aimara=Chavín, apunta no a una presencia raigal de la lengua sino a

una imposición más bien superficial y más tardía sobre un territorio de habla quechua y de otros idiomas desplazados (ver § 3.1).

⁷ De hecho, un dato nada desdeñable que refuerza esta hipótesis proviene de la onomástica: la etimología del nombre del lugar y, por extensión, de la cultura de la misma designación, remonta a una forma quechua antigua **ĉaw-i-n*, lo suficientemente irreconocible a partir del quechua actual como para considerarla como un enigma (cf., por ejemplo, la conclusión a la que llega Burger 1992: cap. 5, 128), pero glosable literalmente como ‘su centro’, o sea ‘el medio de X’.

⁸ Dicho espacio coincide aproximadamente con el asignado al territorio de los collas (entendiéndose estos como puquinahablantes) por Sarmiento de Gamboa. Dice, en efecto, el mencionado cronista-cosmógrafo, que los dominios del collacapac cubrían «desde veinte leguas del Cuzco hasta los Chichas y todos los términos de Arequipa y la costa de la mar hacia Atacama y las montañas sobre los Mojos» (cf. Sarmiento de Gamboa 1960 [1572]: 242 [37]).

⁹ No ignoramos, por lo demás, el hecho de que designaciones como «colla», «aimara» y «uro» adquieren en la documentación colonial del siglo XVI una connotación más bien fiscal y tributaria antes que étnica y lingüística. Como resultado de tales usos ambiguos, no debe sorprender, sin ir muy lejos, la confusión entre uros y puquinas, la misma que persiste hasta la actualidad, cuando lingüísticamente está demostrado que puquina y uro son lenguas genéticamente distintas (cf. Cerrón-Palomino 2006: cap. I, § 4).

¹⁰ Para completar el modelo ensayado por Adelaar falta señalar que, al lado del fenómeno de convergencia mencionado, se habría producido otro, de tipo más bien *local*, esta vez entre las variedades sureñas descendientes del PQ y del PA, en tiempos incaicos y de consecuencias menos espectaculares, como puede observarse, por ejemplo, en la incorporación de sufijos del aimara sureño dentro del quechua altiplánico.

¹¹ La fecha propuesta para el tiempo de la primera expansión del PQ coincide, aproximadamente, con la que postulaba inicialmente Torero (1972: 98), valiéndose de sus cálculos glotocronológicos, aunque luego, en sus estudios posteriores, se vería obligado a rebajarla hasta principios del primer milenio (cf. Torero 1984). De manera incidental, nótese que la cronología que proponemos coincide a grandes rasgos con la que se postula para el surgimiento de las lenguas románicas (cf. Elcock 1960: cap. V).

¹² Sirva la ocasión para señalar que no estamos de acuerdo con quienes cuestionan la primera escisión del PQ en QI y QII (véase, por ejemplo, Beresford-Jones y Heggarty 2011; Pearce y Heggarty 2011), tratando de explicar las diferencias dialectales del quechua invocando el modelo del *continuum* dialectal. No dudamos que el modelo mencionado capta de manera más realista la diversificación dialectal del quechua al interior del QI y QII, pero no alcanza a explicar de manera convincente la separación abrupta y tajante entre ambas ramas primarias (véase también lo señalado por Adelaar 2012), como la que se da no solo en términos lingüísticos sino también geográficos en la vieja frontera Junín-Huancavelica. Obviamente, dejando de lado todo afán reduccionista, tanto el modelo arbóreo como el de la vieja teoría de las ondas pueden ser invocados, de manera complementaria, para explicar la diferenciación interna de los dialectos quechuas en su conjunto.

¹³ Debemos señalar nuestra coincidencia en este punto con el historiador finlandés Hiltunen, quien llega a sostener una hipótesis semejante a la desarrollada por el presente autor, aquí y en otros lugares previos, si bien apoyándose, lamentablemente, en la interpretación bastante deleznable de datos lingüísticos de escaso o nulo valor, y, por consiguiente, diferentes de los manejados por nosotros (cf. Hiltunen 1999: cap. IV, 266, 268). Sin embargo, aun cuando desde el punto de vista arqueológico todo parece indicar que los contactos culturales entre la región del Cuzco y el Titicaca se remontarían a etapas propias del Período Intermedio Temprano (cf. McEwan 2012), no creemos que tales interacciones puedan estar indicándonos la presencia de la lengua puquina en el valle del Cuzco en épocas tan tempranas como la señalada, según

lo sugiere McEwan, buscando respaldar la tesis de Hiltunen, que se basa en datos lingüísticamente delez-nables, conforme lo señalamos.

¹⁴ Nos referimos al famoso informe que lleva el título *Aviso de el modo que había en el gobierno de los indios en tiempo del Inga y cómo se repartían las tierras y tributos*, que, según la autora mencionada, sería obra de fray Pablo de Castro y dataría de alrededor de 1570.

¹⁵ Señalemos, sin embargo, que la ruta comercial por vía marítima es algo que ha sido cuestionado por Hocquenghem (1993), quien aduce varias razones que ponen en tela de juicio el poderío naval de los chinchanos, relegándolo a la actividad pesquera antes que al servicio del comercio lejano. No obstante, creemos que la alternativa del comercio por vía terrestre no excluye la posibilidad de su correlato marítimo, de cuyo despliegue nos enteramos precisamente a través de las referencias consignadas por Pedro Pizarro.

¹⁶ Sostenía, en efecto, el mencionado lingüista, que el

«poderío del reino de Chíncha antes del Tahuantinsuyo y su relación intensa tanto con las sierras contiguas a la costa sur peruana cuanto con el litoral del extremo norte del Perú y con el Ecuador, permiten ahora comprender mejor cómo pudo extenderse a esas dos diferentes zonas las variedades chinchay del quechua, que lingüísticamente encuentra su enlace sólo si se las plantea irradiadas desde la costa central y sur del Perú. El desarrollado comercio y el intenso intercambio humano pueden explicarlo» (cf. Torero 1974: 96).

¹⁷ Nos referimos al culto a Pachacamac, difundida paralelamente por chinchas y chancas en sus conquistas serranas. Según una tradición recogida por el cronista Santillán, el dios costeño le había revelado a la madre de Thupa Inca Yupanqui, cuando este estaba aún en su vientre, que «el Hacedor de la tierra estaba en los yungas, en el valle de Irma». Y así, tiempo después, «siendo ya hombre y señor el dicho Topa Inga, la madre le dijo lo que pasaba, y sabido por él, determinó de ir á buscar el Hacedor de la tierra al dicho valle de Irma, que es el que agora se dice Pachacama, y allí estuvo muchos dias en oracion y hizo muchos ayunos» (cf. Santillán 1968: 392). Sobre el topónimo <Irma>, véase Cerrón-Palomino (2008b: II-1, § 4).

¹⁸ De allí que cuando Beresford-Jones y Heggarty (2011; véase también las contribuciones de estos autores en el presente número) minimizan el legado lingüístico del aimara en los Andes centrales sosteniendo que su presencia se reduciría a la toponimia y a unos cuantos bolsones de hablantes dispersos, la misma que sería incompatible con lo que podría esperarse de la difusión idiomática emprendida por un poderoso Estado conquistador como el de Huari, lo hacen anacrónicamente, partiendo de la constatación de la situación lingüística correspondiente a la encontrada en el siglo XVI, es decir transcurridos por lo menos seis siglos desde la caída del Estado mencionado.

¹⁹ Así, para dar algunos ejemplos, por un lado, mientras que el cuzqueño distingue entre *pacha* ‘tierra’ y *p’acha* ‘vestido’, *tanta* ‘harapiento’ y *t’anta* ‘pan’, *chaki* ‘pie’ y *ch’aki* ‘seco’, etc., el ayacuchano registra, para ambos significados, en cada caso, la forma llana, sin glotalización; de otro lado, voces como *rapra* ‘rama de árbol’, *utqa* ‘rápido’, *chakra* ‘chacra’, *uchpa* ‘ceniza’, etc., propias del ayacuchano, se pronuncian en la variedad cuzqueña como [raφra], [usq^ha], [čaxra] y [usp^ha], respectivamente.

²⁰ Así, por ejemplo, dejando de lado la africada <ch>, en <cumbe> ‘tejido fino’, <indi> ‘sol’, <chunga> ‘diez’ y <songon> ‘corazón’, que comenzaron a reinterpretarse como /qumpi/, /inti/, /čunka/ y /şunqu(n)/, reescribiéndose como <compi>, <inti>, <chunca> y <sonco(n)>, respectivamente.

²¹ Primeros sondeos realizados en esa dirección (agosto de 2009) parecen indicar que el quechua de Capachica apenas registra tres de los 10 sufijos aimaras encontrados por Adelaar en la variedad de Azángaro, lo cual estaría corroborando su gestación como dialecto aprendido directamente y no con mediación del aimara. Agradecemos a Equicio Paxi Coaquira por habernos ayudado en el trabajo de verificación.

REFERENCIAS

Acuña, F. de

1965 Relación fecha por el corregidor de los Chunbibilcas [1586], en: M. Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 1, 310-325, Atlas, Madrid.

Adelaar, W. F. H.

1987a Aymarismos en el quechua de Puno, *Indiana* 11, 223-231.

1987b Comentarios a: A. Torero, Lenguas y pueblos altiplánicos en torno al siglo XVI, *Revista Andina* 10, 373-375.

2012 Cajamarca Quechua and the Expansion of the Huari State, en: P. Heggarty y D. G. Beresford-Jones (eds.), *Archaeology and Language in the Andes*, 197-217, Proceedings of the British Academy 173, Oxford University Press, London.

e.p. Modeling Convergence: Towards a Reconstruction of the History of Quechua-Aymaran interaction, para publicarse en *Lingua*.

Adelaar, W. F. H., con la colaboración de P. C. Muysken

2004 *The Languages of the Andes*, Cambridge University Press, Cambridge.

Albarracín-Jordán, J.

1996 *Tiwanaku: arqueología regional y dinámica segmentaria*, Plural, La Paz.

Anónimo

1984 [1612] *Vocabulario de la lengua aymara*, Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social/Instituto Francés de Estudios Andinos, Cochabamba.

2008 [1594] *De las costumbres antiguas de los naturales del Pirú* (edición y estudio de C. Albertin), Textos y Documentos Españoles y Americanos 5, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Frankfurt am Main.

Bandera, D. de la

1968 Relación del origen é gobierno que los Ingas tuvieron... [1557], en: *Biblioteca Peruana. Primera serie*, vol. 3, 493-510, Editores Técnicos Asociados, Lima.

Bauer, B. S., L. C. Kellett, M. Aráoz Silva, S. Hyland y C. Soculaya

2010 *The Chanka: Archaeological Research in Andahuaylas (Apurímac), Perú*, Monograph 68, Cotsen Institute of Archaeology Press, University of California, Los Angeles.

Beresford-Jones, D. G. y P. Heggarty

2011 What Role for Language Prehistory in Redefining Archeological 'Culture'? A Case-Study on New Horizons in the Andes, en: B. Roberts y M. Vander Linden (eds.), *Investigating Archaeological Cultures: Material Culture, Variability and Transmission*, 355-386, Springer, New York.

Bertonio, L.

1879 [1603] *Arte y grammatica muy copiosa de la lengua aymara*, B. G. Teubner, Leipzig.

Betanzos, J. D. de

2004 [1551] *Suma y narración de los incas, seguida del discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas* (edición, introducción y notas de M. del C. Martín Rubio), Polifemo, Madrid.

Bonavia, D.

1991 *Perú: hombre e historia. Vol. 1, De los orígenes al siglo XV*, Ediciones EDUBANCO, Lima.

Bouysse-Cassagne, T.

1975 Pertenencia étnica, status económico y lenguas en Charcas a fines del siglo XVI, en: N. D. Cook (ed.), *Tasa de la Visita General de Francisco de Toledo* (introducción y versión paleográfica de N. D. Cook y estudios de A. Málaga), 312-328, Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

1987 *La identidad aymara: aproximación histórica (siglo XV, siglo XVI)*, Instituto de Historia Social de Bolivia/Instituto Francés de Estudios Andinos, La Paz.

- 1988 *Lluvias y cenizas: dos Pachacuti en la historia*, Instituto de Historia Social de Bolivia, La Paz.
- Browman, D. L.**
1994 Titicaca Basin Archaeolinguistics: Uru, Pukina and Aymara AD 750-1450, *World Archaeology* 26 (2), 235-251.
- Burger, R. L.**
1992 *Chavín and the Origins of Andean Civilization*, Thames and Hudson, London.
- Cantos de Andrada, R.**
1965 Relación de la Villa Rica de Oropesa y minas de Guancavelica [1586], en: M. Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, Biblioteca de Autores Españoles vol. 1, 303-309, Atlas, Madrid.
- Carabajal, P. de**
1965 Descripción de la provincia de Vilcas Guaman [1586], en: M. Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 1, 205-219, Atlas, Madrid.
- Castillo, L. J.**
2001 La presencia de Wari en San José de Moro, en: P. Kaulicke y W. H. Isbell (eds.), *Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias. Primera Parte*, *Boletín de Arqueología PUCP* 4 (2000), 143-179.
- Castro, C. de y D. de Ortega y Morejón**
1968 Relación de Chinchá, en: *Biblioteca Peruana. Primera serie*, vol. 3, 478-489, Editores Técnicos Asociados, Lima. [1558]
- Cerrón-Palomino, R.**
1995 *La lengua de Naimlap: reconstrucción y obsolescencia del mochica*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
2000 *Lingüística aimara*, Biblioteca de la Tradición Oral Andina 21, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Lima.
2003 *Lingüística quechua*, 2.^a ed., Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
2006 *El chipaya o la lengua de los hombres del agua*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
2008a *Quechumara: estructuras paralelas del quechua y del aimara*, 2.^a ed. revisada y corregida, Universidad Mayor de San Simón/Programa de Educación Intercultural Bilingüe para los Países Andinos, Plural, La Paz.
2008b *Voces del Ande: ensayos sobre onomástica andina*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
2012 Unravelling the Enigma of the 'Particular Language' of the Incas, en: P. Heggarty y D. G. Beresford-Jones (eds.), *Archaeology and Language in the Andes*, 265-294, Proceedings of the British Academy 173, Oxford University Press, London.
- e.p. Las lenguas de los incas, Peter Lang CMBH-Internationaler Verlag der Wissenschaften, Frankfurt am Main.
- Cieza de León, P. de**
1984 *Crónica del Perú. Primera parte* (introducción de F. Pease G.-Y., nota de M. Maticorena), Clásicos Peruanos, Pontificia Universidad Católica del Perú/Academia Nacional de la Historia, Lima. [1553]
1985 *Crónica del Perú. Segunda Parte* (edición, prólogo y notas de F. Cantú), Clásicos Peruanos, Pontificia Universidad Católica del Perú/Academia Nacional de la Historia, Lima.
- Cobo, B.**
1956 Historia del Nuevo Mundo, en: *Obras del padre Bernabé Cobo* (edición y estudio preliminar de F. Mateos), [1653] Biblioteca de Autores Españoles XCI-XCII, Atlas, Madrid.
- Chirinos, A. y A. Maque**
1996 *Eros andino*, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, Cuzco.
- Duviols, P.**
1979 La guerra entre el Cuzco y los chanca: ¿historia o mito?, *Revista de la Universidad Complutense de Madrid* 28 (117), 363-371.

- Elcock, W. D.
1960 *The Romance Languages*, Faber & Faber Limited, London.
- Favre, H.
1983 Introducción, en: D. Lavallée y M. Julien, *Asto: curacazgo prehispánico de los Andes centrales*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Gálvez Astorayme, I.
2003 Evidencias quechuas en la onomástica de Supe-Caral, *Fabla* 2 (2), 63-82.
- Garcilaso de la Vega, I.
1943 *Comentarios reales de los Incas* (edición de A. Rosenblat; prólogo de R. Rojas, con un glosario de voces indígenas), [1609] 2 vols., Emecé, Buenos Aires.
- Goldstein, P. S.
2005 *Andean Diaspora: The Tiwanaku Colonies and the Origins of South American Empire*, University Press of Florida, Gainesville.
- González Carré, E.
1992 *Los señoríos chankas*, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga/Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Huamanga.
- González Holguín, D.
1952 *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua qquichua o del Inca* (prólogo de R. Porras Barrenechea), [1608] Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Imprenta Santa María, Lima.
1975 *Gramática y arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua qquichua, o lengua del Inca*, edición facsimilar, Franz Wolf, Heppenheim a.d.B., Cabildo Vaduz-Georgetown.
- Guaman Poma de Ayala, F.
1936 *Nueva corónica y buen gobierno (Codex péruvien illustré)*, Travaux et mémoires de l'Institut d'Ethnologie 23, [1613] Institut d'Ethnologie, Paris.
- Heggarty, P.
2005 Enigmas en el origen de las lenguas andinas: aplicando nuevas técnicas a las incógnitas por resolver, *Revista Andina* 40, 9-57.
2008 Linguistics for Archaeologists: A Case Study in the Andes, *Cambridge Archaeological Journal* 18 (1), 35-56.
- Heggarty, P. y D. G. Beresford-Jones
2010 Agriculture and Language Dispersals: Limitations, Refinements, and an Andean Exception?, *Current Anthropology* 51 (2), 163-191.
- Hiltunen, J. J.
1999 *Ancient Kings of Perú: The Reliability of the Chronicle of Fernando de Montesinos; Correlating the Dynasty Lists with Current Prehistoric Periodization in the Andes*, Bibliotheca historica 45, Suomen Historiallinen Seura, Helsinki.
- Hocquenghem, A.-M.
1993 Rutas de entrada del *mullu* en el extremo norte del Perú, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 22 (3), 701-719.
- Itier, C.
2000 Lengua general y quechua cuzqueño en los siglos XVI y XVII, en: L. Millones, H. Tomoeda y T. Fujii (eds.), *Desde afuera y desde adentro. Ensayos de etnografía e historia del Cuzco y Apurímac*, 47-59, Senri Ethnological Reports 18, National Museum of Ethnology, Osaka.
2011 El concepto de lengua general, en: P. Heggarty y A. J. Pearce (eds.), *History and Language in the Andes*, 117-146, Studies of the Americas, Palgrave Macmillan, London.
- Janusek, J. W.
2008 Centralidad regional, ecología religiosa y complejidad emergente durante el Período Formativo en la cuenca del lago Titicaca, en: P. Kaulicke y T. D. Dillehay (eds.), *Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica. Segunda parte*, *Boletín de Arqueología PUCP* 11 (2007), 23-51.

Jiménez de la Espada, M.

1965 *Relaciones geográficas de Indias* (edición y estudio preliminar de J. Urbano Martínez Carreras), Biblioteca de Autores Españoles CLXXXIII, CLXXXIV, CLXXXV, Atlas, Madrid.
[1881-1897]

Julien, C.

1983 *Hatunqolla: A View of Inca Rule from the Lake Titicaca Region*, University of California Publications in Anthropology 15, University of California Press. Berkeley

Kaulicke, P.

1994 Los orígenes de la civilización andina, en: J. A. del Busto (ed.), *Historia general del Perú*, tomo I, BRASA, Lima.

2001 La sombra de Pachacamac: Huari en la costa central, en: P. Kaulicke y W. H. Isbell (eds.), *Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias*. Primera parte, *Boletín de Arqueología PUCP* 4 (2000), 313-358.

Lavallée, D. y M. Julien

1983 *Asto: curacazgo prehispánico de los Andes centrales*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

McEwan, G. F.

1992 El Horizonte Medio en el Cuzco y la sierra del sur peruano, en: D. Bonavia (ed.), *Estudios de arqueología peruana*, 279-309, FOMCIENCIAS, Lima.

2012 Indicators of Possible Driving Forces for the Spread of Quechua and Aymara reflected in the Archaeology of Cuzco, en: P. Heggarty y D. G. Beresford-Jones (eds.), *Archaeology and Linguistics in the Andes*, 247-263, Proceedings of the British Academy 173, Oxford University Press, London.

Menzel, D.

1967 The Inca Occupation of the South Coast of Perú, en: J. H. Rowe y D. Menzel (eds.), *Peruvian Archaeology. Selected Readings*, 217-234, Peek Publications, Palo Alto.

Mogrovejo, (Santo) T. de

2006 *Libro de visitas de Santo Toribio de Mogrovejo* (prólogo, introducción, transcripción y notas de J. A. Benito), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
[1593-1605]

Monzón, L. de

1965a Descripción de la tierra del repartimiento de Atunsora [1586], en: M. Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 1, 220-225, Atlas, Madrid.

1965b Descripción de la tierra del repartimiento de San Francisco de Atunrucana y Laramati [1586], en: M. Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 1, 226-236, Atlas, Madrid.

1965c Descripción de la tierra del repartimiento de los Rucanas Antamarcas [1586], en: M. Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 1, 237-248, Atlas, Madrid.

Murúa, M. de

1987 *Historia general del Perú* (edición de M. Ballesteros), Crónicas de América 35, Historia 16, Madrid.
[1613]

Pärssinen, M.

2003 Copacabana: ¿el nuevo Tiwanaku? Hacia una comprensión multidisciplinaria sobre las secuencias culturales post-tiwanacotas de Pacasa, Bolivia, en: A. M. Lorandi, C. Salazar-Soler y N. Wachtel (eds.), *Los Andes: cincuenta años después (1953-2003). Homenaje a John Murra*, 229-280, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Pearce, A. J. y P. Heggarty

2011 'Mining the Data' on the Huancayo-Huancavelica Quechua Frontier, en: P. Heggarty y A. J. Pearce (eds.), *History and Language in the Andes*, 117-146, Studies of the Americas, Palgrave Macmillan, London.

Pizarro, P.

1986 *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* (edición y consideraciones preliminares de G. Lohmann [1571]) Villena; nota de P. Duviols), Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Ponte, V.

- 2001 Transformación social y política en el Callejón de Huaylas, siglos III-X d.C., en: P. Kaulicke y W. H. Isbell (eds.), Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias. Primera parte, *Boletín de Arqueología PUCP* 4 (2000), 219-251.

Quilter, J., M. Zender, K. Spalding, R. Franco, C. Gálvez y J. Castañeda

- 2010 Traces of a Lost Language and Number System Discovered on the North Coast of Perú, *American Anthropologist* 112 (3), 357-369.

Ravines, R.

- 1994 Las culturas preincas, en: J. A. del Busto (ed.), *Historia general del Perú*, tomo II, BRASA, Lima.

Rostworowski de Diez Canseco, M.

- 1972 Las etnias del valle del Chillón, *Revista del Museo Nacional* 38, 250-314.
- 1978 El señorío de Huaura en el siglo XVI, en: *Señoríos indígenas de Lima y Canta*, 123-147, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 1989 Mercaderes del valle de Chincha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios, en: *Costa peruana prehispánica*, 213-238, 2.ª ed., Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 2001 Pachacutec Inca Yupanqui, en: *Obras completas de María Rostworowski*, Historia Andina 23, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Salas, J. A.

- 2010 La lengua pescadora, *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* 50, 83-127.

Santillán, H. de

- 1968 Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los incas [1563], *Biblioteca Peruana. Primera serie*, vol. 3, 377-463, Editores Técnicos Asociados, Lima.

Santillana, J. I.

- 2002 Chancas e incas: un nuevo examen, en: J. Flores y R. Varón (eds.), *El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.-Y.*, tomo II, 553-566, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Santo Tomás, D. de

- 1994a *Grammatica de la lengua general del Perú* (transliteración y estudio preliminar de R. Cerrón-Palomino), edición facsimilar, Ediciones de Cultura Hispánica/Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid.
- 1994b *Lexicon o vocabulario de la lengua general del Perú* (transliteración y estudio preliminar de R. Cerrón-Palomino), edición facsimilar, Ediciones de Cultura Hispánica/Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid.

Sarmiento de Gamboa, P.

- 1960 *Historia índica*, Biblioteca de Autores Españoles CXXXV, 195-279, Atlas, Madrid.
[1572]

Shady, R.

- 2000 Caral-Supe y la costa norcentral del Perú: la cuna de la civilización y la formación del Estado prístino, en: G. Lohmann Villena et al. (eds.), *Historia de la cultura peruana*, tomo I, 45-87, Congreso del Perú, Lima.
- 2006 La civilización Caral: sistema social y manejo del territorio y sus recursos. Su trascendencia en el proceso cultural andino, en: P. Kaulicke y T. D. Dillehay (eds.), *Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica*. Primera parte, *Boletín de Arqueología PUCP* 10 (2005), 59-89.

Tercer Concilio Limense

- 1985 *Doctrina Christiana, y catecismo para instrucción de los Indios [...] con un confesionario, y otras cosas [...]*, edición facsimilar, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
[1584-1585]

Toledo, F. de

- 1989 *Disposiciones gubernativas para el virreinato del Perú* (introducción de G. Lohmann Villena; transcripción de M. J. Sarabia), vol. II, CSIC. Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla.
[1575-1580]

Topic, J. R. y T. L. Topic

- 2001 Hacia la comprensión del fenómeno Huari: una perspectiva norteña, en: P. Kaulicke y W. H. Isbell (eds.), Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias. Primera parte, *Boletín de Arqueología PUCP* 4 (2000), 181-217.

Torero, A.

- 1972 Lingüística e historia de la sociedad andina, en: A. Escobar (comp.), *El reto del multilingüismo en el Perú*, 51-106, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 1974 *El quechua y la historia social andina*, Dirección Universitaria de Investigación, Universidad Ricardo Palma, Lima.
- 1984 El comercio lejano y la difusión del quechua: el caso del Ecuador, *Revista Andina* 4, 367-402.
- 1987 Lenguas y pueblos altiplánicos en torno al siglo XVI, *Revista Andina* 10, 329-405 (con debate).
- 2002 *Idiomas de los Andes: lingüística e historia*, Travaux de l'Institut Français d'Études Andines 162, Instituto Francés de Estudios Andinos, Horizonte, Lima.

Uhle, M.

- 1969 Los orígenes de los incas, en: *Estudios sobre historia inca* (nota preliminar de A. Tauro), 29-69, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Ulloa y Mogollón, J. de

- 1965 Relación de la provincia de los collaguas [1586], en: M. Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, Biblioteca de Autores Españoles, vol. 1, 326-333, Atlas, Madrid.

Zuidema, R. T.

- 1977 Mito e historia en el antiguo Perú, *Allpanchis* 10, 15-52.